



# Historia de Celia

Recuerdos de una guerrillera  
antifascista

*Remedios Montero*

RIALLA - OCTAEDRO

Foto: Pilar Molina.



Remedios Montero nace en Beamud de la Sierra (Cuenca) en 1926. Sus primeros años, debido al oficio de guardabosques de su padre, transcurren en los montes de su tierra. Muy pronto se convierte en punto de apoyo de la guerrilla antifascista. En 1949 se incorpora plenamente a la guerrilla, hasta 1952 en que pasa a Francia. En uno de sus viajes al interior de España es delatada por un compañero y sufre ocho años de cárcel.

En 1964, ya en libertad, regresa a Francia y posteriormente viaja a Checoslovaquia. Permanece en Praga hasta 1978, año en que, junto a su compañero de exilio Florián García, vuelve a España. Desde entonces reside en Valencia.

«Es que si no contamos lo que hemos vivido nadie sabrá nada, ni lo que hemos vivido, ni los silencios, ni nada. Y Remedios Montero se quedaba mirando no sé dónde: a través de sus gafas y los ojos tan vivos abiertos detrás de sus cristales, estrujaba el pasado, aquellos días y noches de cuando era joven, casi una cría, y les compraba comida a los del monte». (Alfons Cervera)

**Rialla**  
EDITORS, S.A.

Ediciones  
**OCTAEDRO**

ISBN 84-8063-677-7



9 788480 636773

H. Labor  
1 octubre 2004

# Historia de Celia

Recuerdos de una guerrillera  
antifascista

*Remedios Montero Martínez*

RIALLA - OCTAEDRO, 2004

Primera edición: abril de 2004

© Remedios Montero Martínez

© De esta edición:

RIALLA Editores, S.A.

San Pancraccio, 12-Bajo izquierda – 46009-Valencia

Tel./Fax: 963.401.903 – rialla@octaedro.com

Ediciones OCTAEDRO, S.L.

Bailén, 5 – 08010-Barcelona

Tel. 932.464.002 Fax 932.311.868

www.octaedro.com – octaedro@octaedro.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ISBN RIALLA Editores: 84-95521-19-9

ISBN Ediciones OCTAEDRO: 84-8063-677-7

Depósito Legal: V-1677-2004

Diseño y realización: Toni Cabo

Impresión: Grupo Carduche

Tirant lo Blanc, 11 – 46960-Aldaia

Impreso en España

*Printed in Spain*

A mi compañero Florián García y a todos los hombres y mujeres que han sido perseguidos, torturados y muertos por luchar y amar la libertad.

A mis queridos amigos Alfons Cervera y Juana Romero, por la gran ayuda que me han prestado para que este libro haya sido posible.

Y a Dulce Chacón, mi Dulce, mi querida Dulce...



## PRÓLOGO

Alfons Cervera

Es que si no contamos lo que hemos vivido nadie sabrá nada, ni lo que hemos vivido, ni los silencios, ni nada. Y Remedios Montero se quedaba mirando no sé dónde: a través de sus gafas y los ojos tan vivos abiertos detrás de sus cristales, estrujaba el pasado, aquellos días y noches de cuando era joven, casi una cría, y les compraba comida a los del monte. La conocí hace años, cuando publiqué mi novela «Maquis», y desde entonces no he parado de escuchar sus historias, el tiempo de una vida recorrida a contracorriente, a leves saltitos de ave líquida sobre los remolinos concéntricos del agua alborotada. Un día se lo dije: si tú no escribes todo eso nadie sabrá nada y la historia de aquel tiempo, la vuestra y las pequeñas o grandes historias que surcaban los alrededores, seguirán contándola a su manera los vencedores de la guerra.

Un día me acercó un manojito de folios: diecisiete. Ahí está mi vida, dijo. Leí esas páginas, contenidas, estrechamente ligadas a su manera humilde de recordarse como era entonces. Nunca he visto el miedo y la inocencia más apretujados, menos dispuestos a ocupar el espacio que el miedo y la inocencia siempre comparten con la valentía, mejor contados con unas palabras directamente volcadas al papel desde el recuerdo. Aun así, allí no estaba todo: nunca está todo en ningún sitio —y menos en el recuerdo—, pero a la vida que Remedios me contaba le faltaban los renglones intermedios, tan imprescindibles como los otros a la hora de hacer un balance definitivo, más o menos, de lo que ha sido su vida hasta ahora mismo. Escribe más. No sé escribir más, ahí está todo. Escribe más. Y le señalaba párrafos enteros para que los fuera llenando de tiempo, de gente, de lugares, de esa memoria nuestra que nos hace falta completar con la memoria de quienes nos acompañaron en el viaje. Escribe más. Escribe. Vale, seguiré escribiendo.

Ahora tenemos en las manos «Historia de Celia», el libro que poco a poco, con esa lentitud sabia y paciente de las tortugas en sus cien años de vida, Remedios Montero ha acabado escribiendo para contarnos un pedazo de tiempo que hasta hace cuatro días estaba siendo bastardeado por los mercenarios escribas del franquismo. La guerra y la posguerra eran un cuento de hadas en su boca y las torturas y asesinatos del fascismo vencedor se traducían en un relato heroico donde se apuñalaba sin pudor de ninguna clase los valores que encarnaba la República y el recuerdo de quienes la defendieron. Luego, cuando el horror agonizó en esa muerte impúdica, entubada hasta el escarnio, del dictador, llegarían el olvido, los pactos entre izquierdas y derechas rubricados por la amnesia. Y de nuevo, aquel tiempo del monte, de la guerrilla antifascista, se quedaría en el rincón más oscuro de la memoria. Una vez más se cumplía el veredicto: lo que no se cuenta es como si no hubiera existido.

Las cosas fueron cambiando, sin embargo. Y libros como éste, y tantos otros parecidos, nos hacen falta para que el olvido no siga haciendo de las suyas. «Me llamo Remedios Montero y nací en Beamud de la Sierra, un pequeño pueblo de la provincia de Cuenca. En guerrillas mi nombre era Celia». Es el principio. Las primeras líneas. Ojalá esas y las que siguen, hasta el final de sus páginas, no fueran las últimas. Ojalá.

Gestagar. La Serranía (Valencia)

Febrero de 2004



Me llamo Remedios Montero y nací en Beamud de la Sierra, un pequeño pueblo de la provincia de Cuenca. En guerrillas mi nombre era Celia.

No pensaba escribir nada porque la verdad es que no sé muy bien cómo hacerlo.

Al fin mis amigos me han convencido de que lo haga, porque dicen que lo bueno de la Historia no es lo bonita que la cuentas sino escribir la verdad de los hechos. Creo que tienen razón y me decido a escribir lo que recuerdo, porque pienso que nuestra juventud sabe muy poco de las cosas tan terribles que sucedieron en la posguerra de nuestro país. Es bueno que sepan la historia tal y como fue y no como la han disfrazado los «vencedores». De esta forma se podrá luchar mejor para que nunca vuelvan a suceder aquellos terribles acontecimientos que tanta sangre y vidas costaron.

Yo creo que sin el conocimiento del pasado, el presente no tiene porvenir. Ojalá esto lo tuviéramos siempre en cuenta.

Ya he dicho que nací en Beamud y de este pueblo eran también mi padre, Eustaquio Montero, y mi madre, Remedios Martínez. Pero nunca vivimos allí.

Mi padre era guarda forestal. Por eso vivíamos en una casa en el centro de los pinares, lejos de alguna población. La más cercana era Cuenca, que distaba de casa unas tres horas, y que es donde mi padre iba siempre a comprar lo que necesitábamos. Lo hacía con un caballo que teníamos porque por allí no podían circular coches u otros vehículos. Había dos pueblos cerca, Valdemoro de la Sierra y Beamud, donde nacieron casi todos mis hermanos. Cuando mi madre iba a dar a luz la subían a Beamud, ya que aquí había médico; después volvía a casa con su retoño y ya no nos movíamos de allí.

Mi padre era un hombre alto, fuerte y con un gran sentido del humor, donde él estaba se hacía notar por sus bromas y su buen carácter. Era un hombre bueno. Yo le recuerdo rodeado de amigos que cuando venían a casa nunca tenían prisa por marcharse. Le gustaba ayudar a todo el mundo y tratar con respeto y afecto tanto a los demás como a todos nosotros en casa. Así recuerdo yo a mi padre. Él era de izquierdas, del sindicato de la UGT, por eso no nos costó mucho seguir su ejemplo y ver que ese ideal era justo y todos seguíamos luchando siempre por aquello que él nos enseñó.

Mi madre, Remedios, era alta, gruesa, morena y muy

guapa. No era tan impulsiva como mi padre; era católica, pero no beata. Así como ninguno en casa éramos creyentes, ella sí lo era, y le gustaba tener sus imágenes y santos en la mesita de noche y en las paredes, así como también rezarles y pedirles por todos. Eso no impedía que la quisiéramos mucho y que respetáramos siempre sus creencias y costumbres. Yo la recuerdo siempre sufriendo por todos y cuidando de sus hijos con un gran amor y cariño.

De mis hermanos, empezaré diciendo que éramos ocho, cinco chicos y tres chicas.

El mayor, Herminio, antes de la guerra se marchó voluntario al ejército, y en el año 1936, cuando empezó la contienda, tenía el grado de sargento. Se encontraba en el famoso cuartel de la Montaña en Madrid; nos contaba que cuando los sublevados mandaban los partes para que el cuartel se sublevara, él y otro compañero que estaban en transmisiones los rompían para que no llegaran a los jefes. Ya no vino a casa, desde allí se incorporó al frente.

Después de Herminio, seguían Máximo, Rafael, Casimiro y Fernando, el más joven. Los tres mayores trabajaban en los montes, recolectando la resina, y continuaban en casa, pero pronto quisieron irse también al frente. Máximo se incorporó primero y fue Guardia de Asalto; después también Rafael ingresó en el cuerpo de Carabineros, con el grado de teniente.

En casa sólo quedaron Casimiro y Fernando, los más jóvenes.

Las tres chicas, Piedad, la mayor, Concha, la que le sigue, y yo, la más pequeña, nunca pudimos ir a la escuela

por estar lejos de los pueblos donde había maestros. Mis hermanos mayores, cuando acababan de trabajar, se iban por las noches al pueblo más cercano, Beamud, y recibían clases particulares; pero nosotras y los pequeños Casimiro y Fernando sólo pudimos aprender a leer y escribir lo que mi padre nos enseñaba.

Así pasó mi niñez. No tuve ningún amigo porque no vivía nadie en varios kilómetros de casa. Por eso, mis amigos eran mis hermanos pequeños y con ellos tuvieron lugar mis primeros juegos. Amigos de mi juventud los tuve cuando nos marchamos a vivir a Valdemoro.

Cuando vivíamos en la casa de campo, Concha y Casimiro, que eran los mayores, sí que subían bastante a Valdemoro y tenían amigos allí. Todos en su pandilla se hicieron socios de las Juventudes Comunistas. Cuando volvían a casa nos contaban cómo ayudaban a la gente y lo que hacían. Cómo en el pueblo defendían la República con gran ilusión. Nosotros los escuchábamos encandilados y con un poco de envidia por ser demasiado jóvenes y no poder participar con ellos en sus actividades.

Cuando terminó la guerra nos fuimos a vivir a Valdemoro, mis padres y mis hermanos Máximo, Concha, Casimiro, Fernando y yo. A Herminio ya lo habían metido en la cárcel de Madrid directamente desde el frente, cuando acabó la guerra y entraron las fuerzas de Franco. Rafael estaba en el frente por los alrededores de Barcelona, y no le cogieron porque pudo pasar a Francia. Mi hermana Piedad se casó y también se fue a un pueblo cerca de Cuenca, Mohorte, de donde era su marido.

Todos éramos muy felices en casa hasta que llegó el año 1936, cuando comenzó la guerra civil. Entonces, como para toda España, la vida cambió. Mis hermanos Máximo, Herminio y Rafael marcharon voluntarios al frente, querían defender esa República que tan cruelmente nos querían arrebatarse Franco y su régimen fascista. Una República que el pueblo había votado y que ganamos limpiamente en las urnas. Franco se sublevó contra ella y el pueblo se echó a la calle para defenderla con gran entusiasmo y valor.

Nadie de nosotros queríamos la guerra pero no se pudo hacer otra cosa y el pueblo tuvo que salir a la calle para combatir al fascismo.

De la guerra yo puedo contar poco porque era muy niña. Mis recuerdos más fuertes y tristes llegaron cuando terminó y Franco se apoderó de España con su régimen de terror, con una «paz honrosa» que él decía traernos. Pero llegó encarcelando gente, matando, torturando y exiliando a media España.

Yo de eso sí que sé bastante. Y lo iré contando en estas páginas.

Cuando llegamos a Valdemoro tampoco fue fácil, había muchos fascistas en contra de los «rojos», como nos llamaban ellos. Vivía allí un tal Mariano Viadel, que se pasó la guerra en el bando fascista y volvió cuando acabó la contienda como un héroe. En el pueblo lo paseaban bajo el palio de la iglesia y le gritaban «viva el caudillo Mariano Viadel». Lo primero que hizo cuando llegó a su casa fue denunciar a mi padre por rojo, porque no tenía otra cosa de qué acusarle. Él mismo acompañó a la policía para llevarlo

a Cuenca y entregarlo en la comisaría que más palos daban y que mataban a la gente a golpes. Este indeseable, que antes era muy amigo de mi padre, tenía tres hijos, el mayor de 16 ó 17 años, al que mi padre había ayudado mucho el tiempo que su padre estuvo fuera. La madre y estos chicos tenían en el pueblo un horno de cocer pan. Como nosotros vivíamos en el monte durante la guerra y el horno les funcionaba con leña, la madre mandaba todos los días al mayor, Agapito, a dormir a mi casa. Subía con una caballería para llevarse leña. Cenaba y dormía en casa, y al día siguiente mi padre le cargaba la caballería con una gran carga de leña y volvía a su casa. Así un día y otro día, hasta que terminó la guerra y volvió su padre al pueblo. Después Mariano se lo pagó a mi padre mandándolo a la cárcel durante cinco largos años.

A este mismo hijo, Agapito, que ya tenía veinte o veintiún años, lo hicieron alguacil, y se encargaba, entre otras cosas, de ir a las casas de los «rojos» para llevar obligadas a las mujeres a barrer la iglesia, la plaza, las calles, y como castigo nos hacían reparar todo lo que se necesitaba arreglar en el pueblo.

Como cosa curiosa de lo que hacían quiero contar algo que me sucedió y que creo que es casi increíble. Yo tenía diez años. Había en el pueblo un matrimonio de viejitos inválidos, ella estaba en la cama sin poderse mover, él con una pierna rota encima de un arca de madera sin poderse levantar tampoco. Tenían sólo un hijo y lo fusilaron los nacionales en los primeros momentos de la guerra. Pues bien, las mujeres falangistas querían hacer una obra de

«caridad» y mandaban a una persona para que los cuidase de las ocho de la tarde hasta las ocho de la mañana del día siguiente, hora en que la relevaba otra cuidadora. Las que iban eran citadas por el jefe de Falange para obligarlas a ir, porque a quien mandaban allí era a las «rojas»; de ellas, de las mujeres de derechas, no iba nadie.

Mi sorpresa fue una tarde en que vinieron a por mí y con mis diez años me llevaron a casa de los ancianos para toda la noche. Tuve tan mala suerte que esa misma noche se murió la pobre señora. Yo no había visto nunca un muerto y estaba aterrada, el marido no sabía que se había muerto y me decía «¡hija, tócale los pies a ver si los tiene fríos!». Yo tenía tanto miedo que metía la mano pero no la tocaba. Ahora, cuando lo pienso, creo que era un poco cobarde, pero no podía evitarlo. Al fin me decidí a llamar por teléfono al jefe de Falange diciendo lo que pasaba, pero me contestó que a ellos les daba igual y que cumpliera mi horario. ¡Esa noche creo que la recordaré toda mi vida!

Cuando nos cansamos de todo ese ambiente nos trasladamos a Mohorte, donde vivía mi hermana casada, Piedad. Allí teníamos una casa pequeña, donde pudimos vivir, pero con muchas dificultades. Sólo teníamos la cartilla del racionamiento, que era muy poco. Fernando, el más joven, se puso de pastor a guardar ovejas. Con eso, y lo poco que Piedad nos pudo ayudar, íbamos viviendo. Los otros no tenían trabajo. Íbamos a los huertos, después de que habían recogido las cosechas, a recoger todo lo que quedaba, patatas, verduras, cualquier cosa que se hubiera quedado en las tierras. Herminio salió de la cárcel, pero estuvo poco

en casa; se incorporó pronto a la guerrilla porque lo buscaba la guardia civil. Casimiro se marchó a hacer la mili a Barcelona, cuando terminó se casó y se quedó allí. Cuando llegó mi padre a casa estaba mal. No había trabajo pero tampoco podía hacer nada. Estuvo cinco años preso y le habían dado tantos palos que le rompieron un brazo y una pierna. Lo dejaron tirado en la celda de la cárcel, entre los compañeros que allí había, y ellos lo curaron como pudieron, pero al no tener muchos medios, quedó bastante maltrecho. Mi hermano Máximo, después de salir mi padre de la cárcel, se casó con una chica de un pueblo más cerca de Cuenca, La Melgosa, y se marchó a vivir allí. Mi madre también murió en este tiempo. Aunque yo siempre pienso que la mataron ellos, como a tantos otros; de una forma u otra, fueron la policía y la guardia civil los responsables de su muerte. Cuando a mi padre lo torturaron, la policía cogió a mi madre y la obligaron a presenciar todas las torturas que le hacían. Cuando lo dejaron tirado en el suelo, la soltaron para que se fuese. Llegó a casa tan traumatizada y aterrada que nunca más estuvo bien y creo que eso le costó la vida. Después de unos meses de morir mi madre, Concha, que tenía novio en Valencia, se casó y se marchó a vivir allí. Así que en casa quedamos mi padre, mi hermano Fernando, con quince años, y yo con dieciocho. Para sobrevivir había que hacer de todo, era un pueblo pequeño, sin industria, se vivía de la agricultura, las familias ricas, cuando hacían las cosechas traían gente de fuera antes de darnos cualquier trabajo a nosotros porque no compartíamos sus ideales.

Se pasaba tanta hambre que cualquier cosa era buena para no morirse.

Siempre recordaré lo que pasó con mi pobre hermano Fernando. Nunca olvidaré que con sus quince años entró en unas tierras donde ya habían recogido la cosecha y los restos se dejaban para el ganado. Entre los desperdicios que quedaban había dos coles, mi hermano pensó que cogiéndolas no hacía daño a nadie y así lo hizo, pero uno que le vio, para ganarse medallas, lo denunció al alcalde y cuando llegó mi hermano al pueblo lo estaban esperando las fuerzas llamadas del «orden». Lo detuvieron, le colgaron las coles al hombro y lo pasearon por todo el pueblo con un cartel que decía «ladrón». Nunca había visto llorar a mi padre, pero ese día, en casa, no podía hacer otra cosa al verse impotente para hacer nada contra aquellos desalmados.

También había gente buena, aunque fuera poca; las hermanas y familia de mi cuñado, Martina, Marcelina y algunos más que no recuerdo, pero eran de izquierdas y poco podían hacer porque tenían miedo a las represalias.

Había una familia que recuerdo con gran cariño, Saturio Cotillas y su mujer, Marcelina, tenían tres hijos, sabíamos que eran de izquierdas como nosotros y que después de mucho tiempo supe el papel tan maravilloso que desempeñaron. Pero eso lo contaré más adelante.

Como mi hermano Herminio estaba en el monte, contactamos con ellos para poder ayudarles y mi casa se convirtió en punto de apoyo para la guerrilla. Primero empezó mi padre. Al principio nos lo ocultó, pero al enterarnos en casa le convencimos de que él no podía seguir con ese compromiso porque estaba mal de salud. Además lo vigilarían porque en el pueblo estaba muy significado con las

ideas de los del monte. Yo, que era una chica joven, estaba segura de que podría hacerlo mejor. Así fue como, desde ese mismo instante, adquirí ese compromiso junto con otra chica, Esperanza Martínez, que era amiga mía.

Toda su familia eran buenos amigos nuestros. Vivían en una aldea que se llama Atalaya, su padre, viudo, se llamaba Nicolás Martínez, y tenía cinco hijas, Prudencia, Amancia, Esperanza, Amadora y Angelita, la más pequeña. Eran agricultores y a nosotros nos ayudaron muchísimo, tanto en comida como en todo lo que podían. Eran gente muy buena, de izquierdas y luchadora como nosotros. Los quisimos siempre como familia y sigo queriéndoles de la misma manera.

Esperanza era una buena amiga mía, nunca me había dicho nada de ayudar a los del monte, ni yo a ella tampoco. Mi sorpresa fue que un día, hablando, supimos que las dos hacíamos lo mismo, en su casa ellos también les ayudaban. Saberlo nos hizo mucho bien porque nos pusimos de acuerdo y juntas podíamos hacer más cosas, éramos menos sospechosas. Las mujeres siempre hemos estado discriminadas y nunca creían que dos chicas jóvenes podían hacer nada de eso, así que lo aprovechamos y nos sirvió mucho, ya que, en aquella época, las mujeres no teníamos ningún derecho y sólo dependíamos del padre, del hermano o del marido. Esa condición, en esta ocasión, fue buena para nosotras y para nuestros planes. Y para despistar a la gente y a la Guardia Civil.

Nuestro trabajo consistía en suministrarles comida, medicinas, ropas, información de las fuerzas armadas y

otros cometidos. No era nada fácil hacerlo, ya que en los pueblos no podíamos comprar nada, eran pueblos pequeños donde todo el mundo te conocía, sabían que no teníamos dinero y era peligroso arriesgarse. Por eso nos íbamos a Cuenca a hacer las compras y por la noche les sacábamos todo a un pajar que dejar teníamos en las afueras del pueblo. Si no había peligro se acercaban ellos y lo recogían, pero si había algún movimiento de guardias por las cercanías, a media noche se lo llevábamos nosotras a los montes más cercanos.

En muchas charlas que hemos dado, alguien me preguntaba si no teníamos miedo y yo siempre contesto lo mismo: ¡claro que teníamos miedo, y mucho! Te jugabas la vida, pero pensábamos con mucha razón que a nuestro lado y en toda España miles de hombres y mujeres, sólo por luchar por un ideal, eran torturados y fusilados por el odioso régimen fascista, habían eliminado todas las libertades, había censura en prensa, cine y en todas las ramas de la cultura. Esta situación tan lamentable nos llenaba de rabia y nos daba el suficiente valor para dejar el miedo a un lado y ayudar a aquellos valerosos hombres que se habían subido al monte porque era la única forma, en esos momentos, de luchar contra tanta injusticia. Franco no sólo fusilaba y torturaba, sino que anulaba todos los derechos reconocidos antes. A los campesinos les quitó las tierras que la República les dio, los derechos que las mujeres adquirimos fueron anulados, no se podía trabajar, sólo en las labores de casa, costura u otras cosas parecidas que ellos decían eran sólo de mujeres.

¿Ante tanta injusticia se podía dejar todo por miedo? Yo

creo que no, te daba más rabia y te transmitía mucho valor para seguir adelante. Había que seguir luchando para volver a conquistar todos esos derechos que la República nos había dado por una gran mayoría en las urnas.

Así que con miedo y todo, Esperanza y yo seguimos con nuestro trabajo comprando en Cuenca. Venía ella desde su aldea y con un caballo que teníamos en casa nos íbamos a la capital y les traíamos todo lo que nuestros camaradas nos pedían. Alguna vez fuimos las dos a media noche al monte donde estaban ellos, y allí hablábamos de lo que ellos y nosotras estábamos haciendo. Eso era una inyección de moral para nosotras.

También allí, en Mohorte, tenían otro punto de apoyo que nosotros no conocíamos y del cual yo me he enterado hace dos o tres años. Eran Saturio Cotillas y su mujer Marcelina. Vivían a las afueras del pueblo, en un sitio muy alto que llamábamos «el castillo». Tenían tres hijos, a los dos mayores no los recuerdo, pero al que conozco bien es al más joven, que es de mi edad y se llama Paco. Este chico trabajaba en un molino de electricidad que hay al final del pueblo y allí tenía el contacto con los guerrilleros. Después también lo descubrieron y lo metieron en la cárcel. Cuando salió le hicieron la vida imposible en su trabajo y en todo aquello que quería emprender.

Los puntos de apoyo eran muy importantes para la guerrilla. Sin ellos no hubiesen podido sobrevivir en los montes, porque todo lo que necesitaban, tanto comida como información, se lo proporcionábamos los puntos de apoyo. Claro que para nosotros era bien difícil, no teníamos armas

para defendernos y nos vigilaban los de los pueblos y la guardia civil, que no tenía compasión cuando descubrían a alguien que tenía contacto con la guerrilla. En el monte teníamos un camarada que se llamaba Guillem, era de la provincia de Teruel, y su mujer fue punto de apoyo. La descubrió la guardia civil y en su misma casa la golpearon hasta matarla, después la colgaron y dijeron que se había suicidado. A otros los llevaban a la cárcel y les daban tantas palizas que los que no morían, quedaban inútiles para toda la vida. Esos eran los métodos que empleaba con cualquiera de nosotros la guardia civil, por eso digo que era tan difícil o más que estar en el monte.

En el año 1947 mataron en Cuenca a mi hermano Herminio, en la plaza de San Juan, iba con Luis, otro compañero de guerrillas. La noche anterior se había quedado en Mohorte, en casa de Saturio Cotillas y a la mañana siguiente salieron para hacer un trabajo en Cuenca. Tenían que hablar con algún cargo militar del ejército, alguien se chivó y la guardia civil los estaba esperando a la llegada. Les dispararon nada más verles, mataron a Luis, Herminio quedó herido y como no quería que lo cogieran vivo y lo torturasen, gritó vivas a la República, entonces le lanzaron una bomba y quedó destrozado, hecho pedazos. Lo recogieron con palas y nunca más hemos sabido lo que hicieron con ellos.

Mi hermano Herminio fue la primera víctima de mi familia, después vendrían otras.

A mediados del año 1948 la cosa se puso peor para los puntos de apoyo. La guardia civil formó un grupo que lla-

maban «contrapartida»: eran guardias civiles que se hacían pasar por guerrilleros. Iban a las casas a pedir ayuda y si la gente no lo sabía y les ayudaba, o no los denunciaba, les castigaban bárbaramente en sus mismos hogares. Los llevaban a las cárceles y a veces los apaleaban hasta casi morir. Era bien difícil seguir ayudando a los del monte por mucho cuidado que tuvieras, así que llegó un día que también nos descubrieron a nosotros. Lo notamos porque iban por las noches, llamaban en las ventanas y las puertas probando distintas consignas. También nos dejaban notas por debajo de las puertas. Lo consultamos con los camaradas de la guerrilla y acordamos que no nos dejaríamos atrapar. Una noche vino Paco Cotillas a avisarnos de que la guardia civil iba a venir pronto a por nosotros y esa misma noche, sin despedirnos de mi hermana Piedad ni de nadie, cerramos la puerta de casa y nos marchamos al monte. Esto era en el año 1949. De mi casa nos marchamos mi padre, mi hermano Fernando, que tenía 16 años, y yo. Con nosotros se vinieron también los amigos de la Atalaya, el padre de Esperanza, Nicolás, Esperanza, Amadora y Angelita, la más joven, y también se vino César, el marido de su hermana Amancia. Acertamos, porque a la noche siguiente fueron a nuestras casas a detenernos. Pero ya no nos encontraron.

Los camaradas nos recibieron contentos. Nosotros estábamos tristes por haber tenido que abandonar nuestras casas, pero a la vez tranquilos y contentos al ver el cariño y respeto con que todos nos acogieron.

La vida allí era bien dura, andar de noche, atravesar ríos, dormir en el suelo y siempre alerta con la guardia civil,

pero a pesar de todas las dificultades nos sentíamos más seguros y tranquilos que en la capital. En casa no teníamos con que defendernos, solamente la astucia que desarrollábamos cada día, en cambio allí teníamos a los camaradas y un arma para poder defendernos.

Nuestra vida en el monte era igual que la de ellos, el macuto siempre a la espalda y el arma dispuesta por si se necesitaba. Afortunadamente nosotras nunca tuvimos que utilizarla. No había ninguna discriminación ni tratamiento especial por ser mujeres. Teníamos buenos maestros y dábamos clases de capacitación cultural, política y todo cuanto nos pudiera cultivar más y mejor. En las tareas de los campamentos éramos iguales, todos participábamos en ellas, así como en las decisiones del grupo, sin ninguna distinción.

El franquismo ha querido desprestigiarnos haciendo ver que sólo estábamos allí para entretenimiento y satisfacción de los hombres de la guerrilla, pero pese a tantos y tantos palos que hemos recibido al detenernos porque querían que así lo dijéramos y quedase constancia en los expedientes, nunca lo consiguieron y hemos dejado bien claro ante todos esos torturadores que nunca hemos sido más respetadas en la vida por nadie como nos respetaron ellos. Allí aprendimos con su gran ayuda que la mujer puede ser igual al hombre y tener los mismos derechos en todo.

A los cinco o seis meses de subir al monte, mataron a mi hermano Fernando, el pequeño, que tenía 16 años recién cumplidos. Junto con otro que conocía bien el camino porque estaba mucho tiempo por allí, la dirección de nuestro grupo lo envió a otro sector. En el trayecto pidieron comida

a un punto de apoyo que al parecer no era de fiar. Les sacaron la comida, pero eran dos guardias civiles disfrazados y según metieron la comida en los macutos cada uno con un hacha los atacaron. Al que iba de responsable, lo hirieron, dejó caer el fusil y salió corriendo. Como se conocía bien todos aquellos parajes, a media noche se presentó de nuevo en el campamento. A mi hermano le cogieron y allí mismo lo asesinaron. Estuvimos en el campamento hasta la madrugada, esperando que regresara. Pero Fernando nunca llegó.

Aún ahora, después de tantos años, algunas veces me parece oír el llanto de mi padre durante la espera, pensando en su hijo querido que todavía era un chavalín.

Como es natural cambiamos de campamento alejándonos de ese sitio que ya conocía la guardia civil y seguimos con nuestra vida habitual cada vez más difícil.

Recuerdo un invierno que había nieve y no se podía ir a por comida a los puntos de apoyo porque con la nieve se dejaban rastros y era muy peligroso. Estuvimos cuatro días sin comer nada, sólo algunas hierbas de campo que hervíamos con agua.

Esos días los camaradas no nos dejaban estudiar, leer o hacer cualquier otra actividad, porque pensaban que consumiríamos las pocas energías que nos quedaban. Permanecíamos en la tienda de campaña y fue bastante duro y lo pasamos mal.

Un día, a Esperanza se le ocurrió poner en unas hierbas hervidas pasta de dientes, al no tener azúcar pensó que algo de dulzor le daría, pero lo único que le dio fue un buen dolor de barriga.

Cuando ya hubo pasado el incidente y lo contábamos, todos nos reíamos.

Al desaparecer la nieve y regresar quienes habían ido en busca de alimentos fue una fiesta para nosotros y un buen alivio al ver la comida. Nos hacían comer poco a poco, porque decían que al estar muchos días sin comer podía hacernos daño.

Cuando necesitábamos comida o ayuda en algún pueblo nosotras no íbamos nunca, sólo iban los camaradas pero antes por mediación de los enlaces se informaban de adónde podían ir para no correr peligro. Casi siempre iban a masías o pueblos poco vigilados por la guardia civil. Siempre era gente buena que nos ayudaba y sentía simpatía por nuestra causa.

También era duro no poder desnudarse nunca. Dormíamos en el suelo, pero vestidas. No había agua para lavarse, sólo teníamos cantimploras, así que cuando pasábamos por algún río, si no había peligro y siempre de noche, nos lavábamos la poca ropa que guardábamos en el macuto y todo aquello que podíamos.

Para dormir teníamos una piel de oveja cada uno que siempre llevábamos en la espalda. La poníamos en el suelo y allí dormíamos. Ese era nuestro colchón flex.

Para mí lo peor era no tener almohada, dormir con la cabeza en el suelo, era superior a mis fuerzas. Así pues, lo primero que hacía era buscar una piedra cualquiera, la ponía encima de la piel y me servía de almohada, así conseguía dormir mejor. Las primeras noches la notaba muy dura, pero después creo que se me hizo la cabeza igual de

dura que la piedra y ya no la notaba, dormía como si fuera sobre una almohada de plumas.

El día 9 de mayo de 1950 mataron a mi padre, iba con otros camaradas de marcha a otro campamento y en un encuentro con la guardia civil murieron él y algunos de los que iban con él.

Para mí supuso un gran dolor y tristeza. Primero murieron mis hermanos y ahora él. Lo llevaron a un pueblo de Cuenca llamado Mira y allí lo enterraron fuera del cementerio. Mi hermana Piedad, que vivía en Mohorte, fue a verle y a reclamarlo, pero la guardia civil se lo negó y ellos lo enterraron en un hoyo en la tierra como si fuese una alimaña.

Después de todos estos hechos, los camaradas me enviaron a Villalonga, un pueblo de Valencia, para organizar allí el Partido Comunista.

Teníamos aquí un buen camarada, Adelino Pérez, «Teo». En su casa y en su pueblo todos creían que estaba en Francia. Él escribió a su casa diciendo que era su novia y que me tuviesen allí hasta que él me reclamase para casarnos.

Cuando llegué, me recibieron de mil amores. La familia la formaban el padre, ya mayor, viudo, que se llamaba Adelino Pérez, sus dos hijos, Pepe, soltero, y Bautista, casado. La mujer de Bautista se llamaba María Soto y tenían dos hijos, Pepita, con 7 años, y Rosa Mari con 5. Era una gente maravillosa. María Soto (cuando escribo estas páginas, todavía vive) es la persona más valiente y buena que yo he conocido. Ella era la única que sabía quién era yo y la que me ayudó en todo. Con el tiempo los hermanos también lo supieron y me aceptaron igual. Sólo el padre no supo nada,

era un hombre mayor y no queríamos que sufriera: para él siempre sería Paquita, la novia de su hijo Adelino. Él me quería mucho y yo también le quería como si fuese mi padre.

Yo iba con una documentación falsa, según la cual me llamaba Paquita y era de Elda. Así me conocía todo el pueblo.

Las niñas, que eran pequeñas, me llamaban tía Paca y yo las adoraba, estaba mucho con ellas, su madre se marchaba a trabajar al campo porque tenían naranjos y todos trabajaban. María prefería que me quedase con las niñas. Yo las cuidaba y las quería muchísimo, como si de verdad fuesen mis verdaderas sobrinas.

Me quedaba en casa sola, como si fuese de la familia. Arreglaba la casa, compraba y cuando venían procuraba tener la comida hecha, aunque María era la que más trabajaba. Las vecinas me apreciaban bastante y en general el pueblo me veía con cariño. Una de las vecinas era Rosario, joven como yo, y algunas veces fuimos al baile juntas. Y es que procuraba llevar una vida normal para no llamar la atención.

Me gustaba mucho subir con María a una montaña que se llama «La llacuna», donde tenían una casita y árboles frutales. Había una higuera y me gustaba, cuando llegábamos temprano, subirme al árbol y coger higos. Algunas veces alguien de por allí me veía y después le comentaban a María «caramba con tu cuñada, viene de la capital y qué bien se sube a los árboles», después nos reíamos las dos y yo le decía que era más difícil andar por las montañas, de noche, subiendo cuestas con el macuto al hombro.

Allí llegué sin conocer a nadie, lo que me dificultaba la idea de formar el Partido Comunista: pero con María no había nada imposible. Me presentó a la mejor gente que ella conocía, entre ella a una chica llamada Rosa Estruch que estaba en cama sin moverse para nada. Esta mujer había sido la alcaldesa de este pueblo en los años de la República, después la metieron en la cárcel y como consecuencia de las torturas no se podía mover. Era muy inteligente y valiente, en cama y todo ella nos ayudó muchísimo. Por desgracia, murió después en el hospital de la Malvarrosa de Valencia.

Recuerdo que María, para que yo pudiese ver a un determinado camarada, me llevaba a nadar a una acequia que había en las afueras del pueblo, allí se hacían los encontradizos algunos camaradas para poder hablar y cambiar impresiones. Todo era muy difícil en aquellos tiempos. ¡Sin María lo habría sido mucho más!

Tenía que ir a Valencia a recoger *Mundo Obrero* y otra propaganda del Partido Comunista. Casi siempre quería ir María para protegerme, decía que ella era menos conocida. Siempre recordaré una vez que fue a recogerla y cuando llegó a casa, asustada, me decía: «¡Paquita, qué susto he pasado!». Resulta que en el autobús en que volvía a casa desde Valencia, iba la pareja de la guardia civil y no había más asientos que uno entre ellos; se lo ofrecieron, ella no sabía qué hacer y por fin, con buen criterio, lo aceptó. Estaba convencida de que descubrirían lo que llevaba escondido. Cuando llegó a casa, abrazada a mí, me decía: «¡Paquita qué mal lo he pasado!».

Allí estuve, creo, porque no recuerdo bien, hasta mediados del año 1951. Me volvió a descubrir la guardia civil y

antes de que me pudieran detener regresé de nuevo con mis camaradas guerrilleros, que seguían valientemente resistiendo en el monte.

Me descubrieron porque en el cuartel había un guardia civil que era de Elda, la ciudad que según la documentación falsa que yo tenía era la mía. Un día dijo que quería ir a verme y a conocerme, algo bien sospechoso, así que sin pensarlo mucho y con la ayuda de otros puntos de apoyo, al día siguiente me marché de allí.

De la familia que tan felizmente me acogió en Villalonga, hoy sigue viviendo en el pueblo María, ya viuda. Las dos pequeñas, con las que yo tanto había disfrutado, están casadas, ya con hijos y nietos; la pequeña, Mara, vive en Gandia y tiene un hijo, pero yo la conocí cuando todo había pasado porque nació después de salir yo de nuevo hacia el monte. Adelino («Teo») mi antiguo «novio», como le decimos a veces porque son cosas inolvidables, vive en Gandía y está casado con Piedad, una mujer encantadora y luchadora que desde Francia, donde vivía, también desarrolló buenos trabajos para España. Tienen una hija casada en Gandía, Sonia, con las ideas de todos nosotros de liberar al mundo de tanta desigualdad y miseria. Para mí esta familia es igual que la mía y mientras viva siempre tendrán un lugar especial en mi corazón.

A partir de mi vuelta al monte, y después de algún tiempo, cuando la guardia civil se enteró de quién era «Paquita» detuvieron a María, a su marido y al hermano. A ellos los soltaron pronto pero María estuvo seis o siete meses en la cárcel en Valencia.

Todo esto me dolió a mí más que el largo tiempo que estuve en la cárcel.

Con muchas dificultades llegué nuevamente al monte, a través de un punto de apoyo que teníamos en Buñol, gente buena y sacrificada por nuestra lucha como todos los amigos que teníamos y nos ayudaban. Allí estuve dos o tres días, escondida en un pajar, hasta que esta familia estableció contacto con los de la guerrilla y vinieron a por mí una noche. Cuando me vi de nuevo en el campamento, junto a los compañeros, confieso que lloré de emoción al verlos a todos recibirme con la misma alegría de siempre y también lloré de pena al preguntarme hasta cuándo iba a durar esta situación.

Mi alegría no tenía límites al volver a encontrar nuevamente a Esperanza, mi querida amiga y compañera de todos los tiempos. Allí estaba todavía, valiente y luchadora como siempre. También le habían matado al padre y al cuñado. Su padre, Nicolás Martínez, era un hombre bueno, al que yo quería como si fuera el mío. Cuando la guardia civil les disparó, Nicolás quedó herido en el suelo y cuando uno de los guardias fue a cogerle le dio tal mordisco en la mano que rápidamente le volvieron a disparar y quedó muerto en el acto. ¡Era lo que él siempre había querido: que si alguna vez caía en manos de la guardia civil, no le cogieran vivo!

A las otras dos hermanas de Espe ya las habían sacado del monte. A Angelita («Blanca») la mandaron a Cofrentes, con una familia que era punto de apoyo, tan buena con nosotros que a ella, Adelina Delgado, la llamábamos «La Madre». Siempre que la necesitábamos, allí estaba. Cuando se descubrió todo, estuvieron un tiempo en la cárcel ella y el



Nicolás Martínez, padre de Esperanza.



Eustaquio Montero Padre de Remedios, lo mataron en el monte.



Remedios Martínez, madre de Remedios Montero.



Los hermanos: el primero de la izquierda inferior, Fernando, a su derecha Herminio; arriba Remedios y Rafael (estuvo en campos de concentración alemanes y murió en Francia).



Angelita Martínez, la pequeña.



Concha Montero, hermana de Remedios.



César, cuñado de Esperanza, muerto en guerrillas. A su derecha, su mujer Amancia y a su izquierda, su cuñada Prudencia.



Sixto Hinarejos, marido de Concha Montero, hermana de Remedios.



Día de la Merced de 1956 en la cárcel de mujeres de Valencia, grupo de compañeras con niños. La 5ª por la derecha es Remedios, debajo Amada y la niña que tiene al bebé en brazos es la sobrina de Remedios, Conchita.



Mujeres en la cárcel de Alcalá de Henares. Remedios es la 4ª por la derecha.



Chicas en la cárcel de Alcalá de Henares: primera por la izquierda, Esperanza; en el centro Remedios, a su derecha Amada. Foto sobrepuesta: Angelita.



Mujeres en la cárcel de Alcalá de Henares: 2ª por la derecha, Remedios, a su derecha Esperanza; la 5ª por la derecha Amada. El resto camaradas políticas.



Taller de la cárcel de Alcalá de Henares, la primera por la derecha es Esperanza.



Florián y Remedios el día de su boda en Praga, en 1966.



Florián y Remedios paseando por Praga.



Remedios, Florián y Conchita en la actualidad.



María Soto, de Villalonga (Valencia), donde estuvo clandestina Remedios un año para organizar el PC.



Piedad Montero, hermana mayor de Remedios. Cuando mataron a su padre fue con la guardia civil a reconocerlo y no le dejaron.



Esperanza y Amada en Santa Cruz de Moya (Cuenca).



Remedios y Esperanza en Santa Cruz de Moya con la bandera republicana y en el centro la del PCE.



Clementina, Remedios, Esperanza y una amiga.



Remedios Montero en la antigua cárcel de mujeres de Valencia en marzo de 2003.



Remedios Montero en la antigua cárcel de mujeres de Valencia en marzo de 2003.



Remedios Montero en la antigua cárcel de mujeres de Valencia en marzo de 2003.

marido. A Amadora («Rosita»), la otra hermana de Espe, la habían llevado a Yecla, con otra buena gente. Ni que decir tiene que a las dos las trataban como si fuesen de su misma familia.

Pero bueno, allí estábamos las dos nuevamente. En esa época, finales del año 1951, ya se empezaban a retirar las guerrillas y a sacar a los camaradas, la situación se ponía muy difícil, la guardia civil empezó a perseguir más y más a los del monte, los puntos de apoyo lo tenían muy duro, la contra-guerrilla los acosaba, los campesinos y las masías ya no podían ayudarnos como al principio, metieron a muchos en las cárceles y a otros los mataban a palos sin ninguna consideración, por tanto, el Partido Comunista comprendió que se debía trabajar más camufladamente en las ciudades.

Es por esto que después de unos meses de mi regreso al monte, prepararon nuestra marcha, la de Esperanza y la mía, para pasarnos a Francia con el propósito de que hiciéramos de enlaces y venir desde allí a recoger camaradas y llevarlos al país vecino.

Fuimos hasta la frontera con documentación falsa, la mayoría del tiempo a pie, con algún camarada para acompañarnos. Andábamos de noche y dormíamos de día. Esto también fue muy duro, teníamos que pasar por caminos camuflados y difíciles de andar, pero era preciso ocultarnos para no ser descubiertos. Después de seis o siete noches andando, llegamos a la frontera, contentos de haberlo conseguido pero exhaustos de cansancio. Dentro de la frontera nos instalamos en una especie de choza que había por allí. Avisaron a los camaradas de Francia y vinieron a por nosotros.

Una camarada se hizo cargo de todo y nos llevó a París, a casa de unos compañeros del Partido Comunista Francés y allí estuvimos hasta reponernos un poco. Fueron pocos días. Era un matrimonio que trabajaba fuera de casa y nos veíamos poco. Venía una camarada española, Angelita, y era la que se preocupaba de nosotras y nos acompañaba a conocer un poco París, mientras encontraban otro lugar donde pudiéramos estar más tiempo.

Después nos trasladaron a Villanueva del Rey, un pueblo cerca de París, donde vivía un matrimonio encantador, igualmente del Partido Comunista Francés, que nos ayudó muchísimo. Como nuestra meta era volver a pasar la frontera a pie y sabíamos lo duro que era, nos dedicábamos a estudiar lo que podíamos pero más que nada a hacer piernas, andábamos mucho, montábamos en bicicleta y con ella nos íbamos a la orilla del Sena, que lo teníamos muy cerca y como por allí no había mucho tráfico nos entrenábamos nosotras, ya que ninguna de las dos habíamos subido nunca en bicicleta y allí hicimos nuestro primer aprendizaje.

En Villanueva del Rey pasamos buenos ratos. El matrimonio tenía una hija casada, vivían solos en casa y estaban muy contentos de tenernos allí. Tanto ellos como nosotros nos teníamos bastante confianza y cariño. Nos hacían llamarles «mamá Karina y papá Fernando», que eran sus nombres. Ellos nos proporcionaron las bicicletas con las que íbamos a entrenarnos a la orilla del río. Nos costó aprender y algunos apuros pasamos porque cuando alguien se ponía delante no podíamos soltar el manillar para tocar el timbre. Alguna vez nos caímos y llegábamos a casa con las rodillas averiadas y sangrando. Mamá Karina,

que trabajaba en un hospital, venía corriendo con su botiquín, como si fuesen grandes heridas lo que sólo eran unos arañazos sin importancia. Al final acabamos dominando bien las bicicletas pero pronto tuvimos que dejarlas para continuar nuestro trabajo.

Y llegó el momento de empezar otra vez la lucha. El Partido Comunista (a él sigo perteneciendo tantos años después) me preguntó si estaba dispuesta a volver a España y acepté con gran contento, ya que mi deseo era seguir luchando como fuese hasta librarnos de Franco y su régimen fascista, que tanto daño causó y estaba causando a nuestro país. Cuando salí de España, lo hice con el corazón roto de dejar atrás todo lo que más quería, mi país, mi familia, mis camaradas y todo lo que tanto me importaba.

Por eso, cuando me propusieron volver no lo pensé dos veces y regresaba con mucha ilusión, aunque sabía que me sería bien difícil: ¡no me equivoqué, fue peor de lo que yo pensaba!

Una noche salí de París con tres camaradas que me acompañarían hacia la frontera para pasar a España. Mi misión era contactar en Salamanca con tres guerrilleros y llevarlos a Francia. Después de varias noches andando, llegamos a las primeras montañas de Salamanca y allí se quedaron los camaradas esperando nuestra vuelta. Yo me vestí con ropa de ciudad y reinicié la marcha. Los que quedaron en la montaña me esperarían allí tres días: si durante ese tiempo no llegábamos, ellos volverían a Francia, porque eso significaba que había ocurrido algo y, al menos, que ellos se salvaran.

Llegué a Salamanca sin ninguna dificultad, me quedé esa noche allí, en una pequeña fonda, pensaba que sería menos llamativo que un hotel donde en esa época había que dar todos los datos personales para adquirir una habitación. La fonda era una pensión pequeña donde alquilaban habitaciones. La dueña era una señora mayor que se llamaba María. Había tres huéspedes más, dos señores de edad madura y otra chica más joven. Nos vimos a la hora de cenar, cuando todos estábamos en la misma mesa. Era gente agradable y cuando salía a la conversación la situación de España todos coincidían en lo difícil que resultaba vivir y el descontento que había en casi todo el país. Yo estaba a mis anchas oyéndoles, y aunque alguna vez participaba lo hacía lo menos posible para no llamar la atención. Escogí esa pensión al azar; vi el rótulo anunciado y me pareció que no era muy ostentosa ni de lujo. En esa época, en los hoteles, te pedían toda clase de detalles, documentación, motivo del viaje, y no sé cuántas cosas más. Se quedaban en el mostrador la documentación y te la devolvían cuando te marchabas. Te exponías a que si la guardia civil buscaba a alguien y veía los registros, acabaran descubriéndote. Como la guardia civil nos tenía reclamadas en todos los cuarteles pensé que los hoteles grandes eran más peligrosos, por eso elegí la fonda, pasé la noche tranquila y al día siguiente me marché. Sólo estuve ese día en Salamanca.

Dejé la fonda y acudí a la cita que se había dispuesto con los compañeros y allí llegaron sin ningún contratiempo. Contentos, cogimos el tren para Burgos, por donde teníamos que salir después de recoger a los que nos esperaban.

Pero no contábamos con los traidores que tanto daño nos han hecho en todas las épocas, esas crueles alimañas que son peores que el propio enemigo. Al llegar a la estación, estábamos rodeados de guardias civiles, nos detuvieron a los cuatro y nos trasladaron a los calabozos en Burgos, donde empezaron las interrogaciones y torturas.

La traición que condujo a nuestra detención tuvo lugar de la siguiente manera. Al cruzar la frontera francesa, los gendarmes detuvieron a uno de los que venía en el grupo, los demás nos escabullimos y seguimos adelante, pero como consecuencia del suceso concentraron a la gendarmería francesa en esa frontera. El Partido Comunista se enteró enseguida y mandó a España, con otro camarada, a mi amiga Esperanza («Sole»). A los dos les dieron buena nota del lugar donde nos encontrábamos para que se entrevistasen conmigo y no volviéramos por la misma frontera por donde salimos.

El individuo que acompañó a Esperanza era un traidor, al llegar a España la entregó a ella y les dijo donde estábamos nosotros. Eso les facilitó poder llegar hasta nosotros. A Esperanza y a quien nos delató los tenían ya en la Dirección General de Madrid.

Yo me volvía loca, intentando pensar qué había pasado. Llevaba una documentación falsa bastante buena. Mi nombre era María Castro Abelenda y continué con ese nombre. Ni palos ni torturas me hacían declararme con otro nombre. Estaba segura de que ellos lo sabían porque estábamos reclamados en todos los cuarteles de la guardia civil, pero yo quería entretenerlos y ganar dos días más de tiempo,

que era el plazo que tenían los que nos esperaban en el monte y conseguir, al menos, que ellos se pudiesen retirar.

Lo conseguí y eso fue una gran satisfacción para mí.

Al día siguiente vinieron con una fotografía mía y otra de Esperanza. Con muy mala uva me preguntaron: «¿las conoces?». Como es natural no podía decir que no me conocía a mí misma, así supe que Esperanza estaba también detenida. ¿Pero por qué, si yo la dejé en París? ¡No podía comprenderlo!

Aunque yo les entretuve bastante con la cosa de los nombres, los policías acabaron enterándose de que mis compañeros se les habían escapado: eso me costó una buena paliza como las que nos daban cada día. Allí, en los calabozos de Burgos, lo pasamos mal, pero lo peor vino cuando al día siguiente nos llevaron a la Dirección General, en Madrid. Aquellos sótanos son inolvidables para todo el que haya pasado por ellos: allí torturan, matan, humillan sin límite.

Para quien no los conozca, diré cómo eran los sótanos donde nos retenían: el edificio estaba en la Puerta del Sol, donde hoy se ubica la sede del Gobierno de la Comunidad de Madrid. Había unas plantas grandísimas que parecían estar bajo la tierra, en otro mundo. Aparte de los despachos de los jefazos, donde torturaban sin compasión, estaban los calabozos donde metían a los detenidos. Estos eran pequeños, con un banco de piedra adosado a la pared, sin mantas ni colchón. Allí resultaba difícil dormir, ya que las palizas y torturas eran tan monstruosas que uno no podía estar sentado y menos tumbado en semejante piedra. No tenían

ninguna ventilación, sólo una pequeña ventanita en la puerta y casi siempre cerrada. Tampoco teníamos wáter, ni lavabos, por tanto, cuando se necesitaba hacer las necesidades fisiológicas, teníamos que golpear la puerta y según del humor que estuviese el guardia, venía antes o tardaba lo que le parecía. El mismo guardia te acompañaba a un servicio, esperaba y te devolvía otra vez al calabozo.

Era una pesadilla tan cruel, que después de tantos años aún me hace daño recordarlo.

Recuerdo los primeros interrogatorios en el despacho que tenían en los sótanos, donde no se podían oír gritos de los detenidos ni nada de lo que hacían. Allí, detrás de la mesa, estaba el que hacía las preguntas, tenían unos focos de luz enormes que te enchufaban a los ojos para no perderse ningún movimiento. Empezaron por preguntar qué puntos de apoyo tenía en España y quién me había acompañado. Como es natural, me negué a todo. Había cuatro hombres con porras y vergajos de piel de toro con plomos en las puntas, los tenían para cumplir las órdenes que les daba el comisario.

El espectáculo era dantesco y parecían matarifes de esos que cuando van a matar una res se despojan de la chaqueta, se arremangan las mangas de la camisa y empiezan la faena. Así fue, después de estos preparativos, a una señal del jefe, se lanzaron sobre mí, me lanzaron al suelo y unos me daban patadas, otros utilizaban las vergas y cuando sangrando por todas partes me desmayé, me echaron un cubo de agua encima para espabilarme y me dijeron «por hoy vale». Entre dos me llevaron a rastras al calabozo y me

decían «piénsatelo bien porque mañana será peor». Me quedé allí, no podía estar sentada ni tumbada porque el dolor era insufrible.

A la madrugada del día siguiente, volvieron a por mí y empezaron de nuevo. Ese día me metieron astillas entre las uñas, a la segunda vez volví a desmayarme y el cubo de agua me despertó de nuevo.

Al día siguiente cambiaron de táctica. Vino uno haciéndose el bueno. Me decía «he ordenado que no te torturen más, sé buena chica, dime a mí todo lo que te pregunte y no sufrirás más. ¿Qué te importan a ti ya los de la calle?, nosotros te protegeremos». Eso me dio más coraje y no recuerdo lo que le contesté pero debió darle tanta rabia que se le cortó la bondad, me dio dos patadas y llamó al cuarteto de arriba para que me subieran de nuevo al martirio, y, claro, empezaron las diferentes fases, astillas entre las uñas, patadas, palizas: ya ven de lo que eran capaces de hacer estos señores tan refinados y defensores de la fe cristiana.

Lo mismo que a mí, le estaban haciendo a Esperanza. Y entre los compañeros que detuvieron conmigo, había de todo y para todos. José Navarro y Fortuoso resistieron el martirio igual que nosotras. Pero al tercero, entre los tres que venían conmigo y que se llamaba «Vías» en el monte (su nombre no llegué a saberlo nunca), lo mataron a palos al lado mismo de donde yo estaba. Sólo había un tabique por medio entre los dos y lo mismo que él oía lo que hacían conmigo, yo también oía lo que le hacían a él, y al dejar de oírlo pude escuchar cómo entre ellos decían: «¡llevamos el muerto allí!». Ya no le volví a ver más.

Allí estuvimos quince días, si mal no recuerdo, y nunca olvidaré que un domingo, después de la correspondiente paliza, me decían: tienes dos horas para descansar porque nos vamos a oír misa. Eso me ponía furiosa porque me preguntaba yo: ¿esta gente en qué cree, en Dios o en la tortura y la muerte que cada día da a determinadas personas que no han hecho nada sino defender sus derechos? ¡Nunca creí que podían existir personas capaces de hacer eso con otros seres humanos!

¿Es posible, me preguntaba, que esta gente pueda disfrutar haciendo semejantes barbaridades? ¡Sí que disfrutaban! Terminaban, se ponían las chaquetas y se marchaban a misa riéndose, tan contentos al mirar cómo te quedabas tumbada en el suelo, medio muerta de dolor.

Algunas veces, antes de pasar por esas comisarías y de conocer los métodos que empleaban, cuando oía decir que alguien en esos sitios había hablado y causado daño a alguno de nuestros camaradas, pensaba, como mucha gente, que eran unos traidores. Después de pasar por ello y conocerlo bien, mi opinión cambió por completo. Nadie puede saber cuánto ni hasta cuándo una persona puede resistir. Desgraciadamente, no todo el que ha pasado por ahí ha podido resistir tanta tortura y los métodos tan crueles que eran capaces de aplicar para anular a las personas.

De Madrid nos trajeron a Valencia, también a comisaría, y volvieron las torturas, siempre las mismas o si cabe más refinadas. El viaje de Madrid a Valencia fue bastante duro, veníamos destrozadas, llenas de moraduras por tantos golpes como habíamos sufrido y desesperadas de tanta rabia

al tener que viajar entre dos guardias civiles. Esperanza y yo íbamos esposadas juntas y los camaradas Navarro y Fortuoso, igualmente entre otra pareja de la guardia civil. Pese a todo nuestra moral no había decaído, pensábamos que algún día seríamos libres y podríamos seguir con nuestra lucha. No nos dejaban hablar, pero con mirarnos nos comprendíamos las dos. Cuando teníamos necesidad de ir al baño, teníamos que atravesar el vagón del tren hasta llegar al wáter; el guardia venía con nosotras y sin quitarnos las esposas; nosotras nos separábamos y sacábamos las manos para que la gente viera que íbamos esposadas. Eso, a los guardias les ponía furiosos. Los que viajaban allí nos miraban, unos desconcertados porque no sabían quiénes éramos, pero la mayoría con pena porque pensaban que éramos políticas, ya que a las detenidas comunes no las esposaban casi nunca. Cuando llegamos a la estación de Valencia, nos esperaba un camión cerrado con lonas como los que transportan el ganado, pero hasta llegar al camión muchísima gente nos miraba con simpatía y nosotras seguíamos enseñando las esposas con gran placer para que todo el que nos viese sacara sus conclusiones.

Nos llevaron a la comisaría que estaba en la calle Samaniego. Una vez allí, nos pusieron en celdas separadas, muy pequeñas y como las anteriores con un banco pequeño de piedra y con una ventana chiquita con rejas como única ventilación.

En este lugar nos tuvieron unos diez o doce días, incomunicadas y tomándonos nuevamente declaración con los mismos métodos de siempre, pero, igual que en Madrid, volvimos a resistir y no nos doblegaron como ellos querían.

Cuando se cansaron de tenernos allí y en vista de que no nos sacaban nada, nos llevaron a la cárcel de mujeres, nos metieron en una celda a las dos juntas, dormíamos en el suelo con una manta, allí nos subían el rancho, teníamos un wáter y un lavabo que hacíamos servir para todo, incluso el agua la bebíamos de allí. Estábamos convencidas de que desde allí nos llevarían a Paterna para fusilarnos, como habían hecho antes con tantísimos camaradas.

Una noche, avanzada ya la madrugada, subió una funcionaria y nos dijo: «bajad, que os espera la policía, no cojáis nada porque no os hará falta». Nosotras pensamos que ya había llegado el fin. Pero estábamos tranquilas, pensábamos: «ya no nos torturarán más» y lo que hicimos fue abrazarnos y pensar qué diríamos en esos momentos. Las dos pensábamos gritar ¡Viva la República! Y no sé cuántas cosas más pasaron por nuestras cabezas.

En esos momentos, toda tu vida la recuerdas como una película. Yo pensaba: soy la quinta persona ya de mi familia que asesinan estos miserables, pero alguien quedará para vengarnos y salvar a nuestro país de este terror tan cruel e injusto.

Mi compañera Esperanza pensaba lo mismo, somos dos víctimas más de tantos y tantos como han quitado de en medio, unos por torturas, otros fusilados y media España en el exilio, pero quedarán muchos más que seguirán nuestra lucha hasta que España sea nuevamente democrática y feliz. ¡Pero qué equivocadas estábamos! Después de sesenta y tres años de aquella terrible tragedia, todavía necesitamos luchar más y más cada día para alcanzar lo que entonces queríamos conseguir, que todo el mundo tuviese traba-

jo, vivienda, libertad, estudios y todo lo que los españoles merecemos y necesitamos. Hoy sólo disfrutaban de esos beneficios los capitalistas de siempre.

A veces pienso que hubiéramos preferido terminar allí.

Nos metieron en un furgón cerrado, vigiladas por guardias civiles y nos llevaron al cuartel de la guardia civil y a comisaría para continuar con más preguntas. Curiosamente, vaya paradoja, sentimos habernos equivocado porque el trato con ellos era irresistible.

Cuando se cansaron de preguntas y golpes, vieron que no tenían nada que hacer y nos devolvieron a la cárcel, otra vez a la celda.

Acabado el período de aislamiento que nos correspondía, nos bajaron al patio de la prisión. Y allí nos juntamos las tres: Amadora, Esperanza y yo; Angelita estuvo un año, pero como era menor de edad la dejaron en libertad.

En Valencia éramos muy pocas presas políticas, sólo tres o cuatro, casi todas eran comunes, siempre estábamos con ellas y nos respetaban mucho y nos llevábamos bien.

Había dos patios grandes. Al menos podíamos tomar el aire. Había muchas reclusas, todas ellas comunes, unas por robar, otras por ejercer la prostitución, éstas eran las que más abundaban; unas estaban por necesidad en esa vida, tenían hijos, no había trabajo y se iban a lo más fácil. Otras era por incultura, pero tanto unas como otras eran dignas de lástima. Cuando empezaron a conocernos tratamos de darles buenos consejos, hablar mucho con ellas y hacerles ver que podían hacer otras cosas más dignas y mejor que lo

que estaban haciendo. Algunas se reían, pero la mayoría nos escuchaban con mucha atención, no recuerdo nombres pero sí que nos apreciaban bastante todas ellas. La mayoría que había por delito de robo era buena gente. Les contábamos por qué estábamos allí y por lo que luchábamos. Nos confiaban sus mañas para robar y lo que hacían, siempre se venían a nuestro patio. Decían que estaban de acuerdo con nosotras y si algo necesitábamos se desvivían por ayudarnos. Pasábamos buenos ratos con ellas.

Aquí, en la cárcel, ya no había torturas, pero la mayoría de las funcionarias eran perversas y hacían lo que podían para que lo pasáramos lo peor posible. No nos dejaban entrar libros, ni periódicos, sólo comunicábamos con los familiares una vez a la semana y en un callejón con rejas donde había que gritar de un lado a otro, mientras una funcionaria se paseaba en medio para vigilar lo que se decía: ¡era un verdadero martirio!

Nos trataban con auténtico desprecio, no sólo las funcionarias sino los Ministros católicos que debían darnos ejemplo de humildad. Teníamos un sacerdote que, más que defensor de la fe católica y de la gente necesitada, era un predicador faltón, que en sus sermones nos insultaba a todas. Le daba igual que estuviésemos allí por política, por robo, por muerte o por prostitución, para él todas éramos iguales, escoria y excremento de la sociedad. Así terminaba siempre sus sermones, todos los domingos nos obligaban a ir a misa pero las tres políticas no rezábamos nunca: y eso le ponía furioso. Un día me llamó a su despacho y me preguntó por qué no rezaba.

—Porque no soy católica —le respondí.

—No es cierto —me dijo—, tú eres cristiana.

—Sí, soy cristiana porque me bautizaron sin mi permiso pero no católica porque no profesó la religión católica.

—¿Por qué estás aquí? —me preguntó y mi respuesta fue tajante:

—Por cumplir los mandamientos de la ley de Dios, di de comer a mis camaradas cuando llamaron a mi puerta porque tenían hambre, les di de beber y posada también. ¿No es ése el lema de los mandamientos que ustedes predicán? Ahora ya sabe por qué estamos aquí mis compañeras y yo.

Se puso tan furioso que llamó a una funcionaria y le dijo: «a esta bandolera me la castiga en la celda y la tiene allí hasta que yo le diga». Así lo hizo, estuve un mes en la celda sin ver a nadie, sin comunicar y sin recibir correo.

Ahora mi marido se ríe muchas veces diciendo que soy un poco sectaria sobre ese asunto, pero me hicieron tantas cosas y pude ver la hipocresía tan grande que había en la Iglesia, que no podía saber que en esa misma institución, que siempre estuvo al lado de Franco, también pudiera haber personas que procedían de otra forma.

Mi hermana Concha, que desde que se casó vivía en Valencia, y su marido Sixto Hinarejos, tenían una hija de cinco años, la llamaban y seguimos llamándola Conchita. Para ellos también fue duro. En la calle no era fácil la vida en esa época. Mi cuñado trabajaba de carpintero y era el único sueldo que tenían, había que mantenerse y pagar la escuela de la niña, con esto no les llegaba para pasarlo

medianamente bien. Pero así y todo, ellos asumieron como la obligación principal ayudarnos, tanto a mí como a mis compañeras Esperanza y Amadora, que para todos nosotros eran y son como nuestra familia.

Todas las semanas mi hermana Concha iba a la cárcel a vernos y a llevarnos una cesta de comida, porque el rancho que allí nos daban era de lo peor que uno se puede imaginar. ¿Cómo podía llenar la cesta de comida? Sólo ellos sabían el sacrificio tan grande que tenían que hacer. Nosotras tratábamos de que no lo hiciesen pero nunca nos hicieron caso y aunque ellos se quedasen a medio comer a nosotras no nos faltó la cesta y sus visitas los cuatro años que estuvimos en Valencia.

Nunca olvidaré que mi cuñado Sixto venía algunos domingos en que no trabajaba a vernos y nos entraba su almuerzo porque el pobre no tenía otra cosa.

Como compartía apellido con Esperanza y Amadora (Martínez), dijimos al entrar que éramos primas y eso les permitía comunicar junto a mí cuando venía mi hermana a vernos.

Todos los años, el 24 de septiembre, era fiesta. En la cárcel celebraban la virgen de la Merced y como un gran favor dejaban pasar todo el día con nosotros a los niños de los familiares que tenían hasta siete u ocho años, a los pobrecitos los cacheaban de arriba abajo para ver si entraban algo, pero ese día para nosotras era extraordinario. Mi hermana Concha nos pasaba a Conchita y la esperábamos las tres con la ilusión más grande del mundo.

Ahora mi hermana Concha sigue viviendo en Valencia, está viuda, se le murió su marido y vive sola en casa. Ya es mayor pero vive cerca de nosotros y seguimos ayudándonos siempre que nos necesitamos. Para mí siempre ha sido y sigue siendo como mi madre.

Aquella pequeña Conchita que tantas alegrías nos daba entonces vive en Valencia, casada y con dos hijos maravillosos, Marta y Raúl. Nosotros no hemos tenido hijos pero ellos llenan ese hueco porque son como nuestros verdaderos hijos.

Conchita me contaba cuando ya era mayor cosas que hacían llorar de rabia y de dolor. Cuando mi hermana Concha empezaba a llenar la cesta de comida para pasárnosla a la prisión los fines de semana, la niña la veía y como en casa más bien pasaban hambre por no tener lo necesario, me decía: «tía, qué envidia pasaba mirando la cesta, ver el fiambre, conservas, pan o lo que mamá ponía dentro y yo no poder probarlo porque tenía que llevarlo a la cárcel para vosotras. Mis papás me lo hacían comprender explicándome que erais buenas, porqué estabais allí y lo mal que lo pasabais. Yo me conformaba porque también os quería pero a veces pensaba, ¿por qué no podremos tener para todos?».

Esa época fascista no sólo fue cruel para los mayores, también a los niños les hizo verdadero daño.

Conchita iba a un colegio de pago y religioso, tuvo la suerte de que le dieran una beca porque su padre, Sixto, era ebanista y trabajaba en los arreglos de aquel colegio, pero la mayoría de las niñas que iban allí eran de familias ricas,

muy de derechas y religiosas. Por eso, esta niña me decía cuánto sufrió allí a pesar de su corta edad.

Frente al colegio había una gran frutería y en la puerta de la calle tenían la mercancía para exhibirla al público; había peras, manzanas, naranjas, todo eso que en casa no se podía comprar por falta de dinero. A la salida de clase, todas sus compañeras salían corriendo, se llevaban una de aquellas frutas y se marchaban deprisa, comiéndosela. La pobre Conchita miraba cómo las otras las cogían con disimulo de las cestas, pero ella nunca cogía ninguna porque pensaba que era robarlas y eso no se debía hacer. Ella dice que aquellas niñas podían hacerlo tranquilamente, porque el domingo iban a misa y se confesaban y todo quedaba perdonado sin ninguna culpa, pero como ella no iba nunca a misa creía que esas faltas nunca se las perdonaría nadie; por eso miraba las frutas y pasaba de largo, llena de envidia y de deseo.

Yo siempre pienso que tanto los niños como las familias, sufrieron tanto fuera como los que estábamos dentro de las cárceles.

Duele mucho, pero creo que es bueno recordar ese período: para que los que no lo vivieron sepan lo duro y cruel que fue la entrada del fascismo en España y la posguerra que nos tocó vivir con Franco. Éste decía que venía con muy buenas intenciones para liberar España y no fue así, porque quienes tuvimos la suerte de sobrevivir a todo aquello fue a costa de pasar hambre, sufrimientos y muchas calamidades.

Ahora estos chicos, Marta y Raúl, y también la madre,

nos dan muchas alegrías y estoy orgullosa de ellos. Jóvenes como son, estudian y trabajan y son luchadores, siempre dispuestos a hacer todo lo posible porque haya más justicia y todo el mundo pueda vivir mejor, sin tantas desigualdades. Por eso he luchado yo siempre y por eso estoy satisfecha al ver que los más jóvenes siguen nuestra lucha para conseguir lo que empezamos los de nuestra generación.

Con ellos hablamos mucho de aquellos tiempos difíciles, preguntan y no se cansan de querer saber lo que pasó. En los colegios nada les han enseñado, la historia la hicieron los vencedores, la mutilaron: por eso falta en ella todo este período. Les enseñan la época de los Reyes Católicos pero cuando llegan a la sublevación de Franco contra la República elegida por el pueblo y la terrible posguerra de terror que nos preparó su régimen fascista, nada se dice en la historia ni en las escuelas. Por eso muchos adolescentes no tienen idea de lo que pasó en esos años tristes. Sólo pueden enterarse si los familiares o quienes pasamos por ello les hablamos y les contamos la verdad de lo que pasó, o sea, la parte que falta en la historia, porque a los vencedores no les interesó que se supiera nunca.

Así es que Marta y Raúl ven aquel período con horror y espanto cuando les contamos lo que pasaba en las cárceles de Franco y lo difícil que era la vida para la mayoría de los españoles.

Marta es tan rebelde que no se pierde ninguna manifestación o protesta, cuando las hay, sea de lo que sea, si ella lo cree justo. Incluso se ha manifestado contra las corridas de toros. Dice que no se debe matar a nadie, y tampoco a los toros después de hacerles sufrir tanto.

También con su madre, Conchita —la niña que nos entraban todos los años a la cárcel por la fiesta de la Merced—, hablamos mucho ahora y recordamos aquellos años. Ella sintió mucho que nos trasladaran porque ya no podría visitarnos y así fue, no volvimos a vernos hasta el año 1960 en que yo salí del penal y volví a su casa.

Después de cuatro años en Valencia pasamos por el Consejo de Guerra que nos condenó a las tres a veinte años y un día de reclusión mayor, y a los pocos días fuimos trasladadas al penal de Alcalá de Henares, para terminar allí de cumplir la condena.

Nos sacaron de Valencia esposadas nuevamente para trasladarnos al penal. Dormimos en Albacete porque se hizo de noche y no había tren hasta el día siguiente. Era una prisión pequeña que no utilizaban nada más que de paso para los traslados. Sólo había ratas y unas sacas de paja donde tuvimos que dormir, si es que dormimos algo, porque a veces las ratas saltaban por encima de nosotras y nos daban más miedo que la guardia civil, que ya es decir. Al día siguiente llegamos a Alcalá de Henares y de nuevo nos subieron a una celda, solas, para cumplir el período reglamentario de aislamiento que te hacían pasar antes de bajar al patio. Íbamos bastante desorientadas y preocupadas porque no conocíamos a nadie. No sabíamos qué encontraríamos allí, pero pronto salimos de dudas y nos gustó aquello más que Valencia.

Por las mañanas nos bajaban al patio para limpiarlo antes de que salieran las otras reclusas. Pero las camaradas que ya estaban en esta prisión se las arreglaron para enviarnos notas y hacernos saber que había allí más compañeras

y que todas nos ayudarían. Eso fue una inyección de moral para nosotras: desde entonces el aislamiento se nos hizo menos penoso.

Cuando al fin salimos al patio, todas las compañeras vinieron a abrazarnos y a ofrecernos su ayuda, eran camaradas estupendas que llevaban muchos años sin salir a la calle y sin parar de ir de una cárcel a otra.

Yo recuerdo con gran cariño a todas aquellas mujeres, inteligentes y valiosísimas. Nunca las olvidaré. Allí estaban Carmen Orozco, maestra, que nos dio clases y nos enseñó mucho culturalmente, Manolita Del Arco, Cecilia Cerdeño, Pepita Medel, María Blázquez, Soledad Real, Mercedes Gómez, Mercedes Romero, Encarnita, Juana Doña, María Salbo, Antoñita Herrero, Beneito, Ana Aragón, y muchas más que no cito, y les pido perdón, porque hace tantos años de aquello que la memoria me falla.

Alguna de estas camaradas ya han muerto y a las que quedan les pasa como a mí, que las torturas y calamidades por las que hubimos de pasar nos han dejado bastante averiada la salud. Pero con las que he podido tener relación después de tantos años, siguen con la moral tan alta como yo y con las ganas de ver terminado algo de lo que se empezó entonces y por lo que tanto sufrimos nosotras y todo el pueblo español.

Algunas, como Manolita Del Arco, Mercedes Gómez o Juana Doña, estuvieron bastante tiempo con pena de muerte, solamente por participar en la lucha contra el régimen de Franco. Después se les conmutó esa pena de muerte y se pasaron años y años de cárcel.

Nuestra vida allí era dura, como en todas las cárceles de esa época. Las funcionarias ya se encargaban de hacérselo lo más difícil posible. Hacía mucho frío, pero con frío y todo, nos hacían formar muchas veces al día. Las formaciones las hacíamos a cada momento en el patio, tanto si llovía como si no: para ir al comedor tres veces al día, para ir a los talleres, al levantarte y al acostarte, en las galerías. Siempre había algún motivo para tenerte de pie, firme, el tiempo que ellas querían.

También había monjas en algunos cargos pero no sé cuáles de ellas eran más crueles, si las funcionarias o las monjas.

Sufríamos mucha censura en la correspondencia, en los libros que podíamos entrar para leer, en las comunicaciones, toda nuestra vida era censurada. Algunas veces nos llegaban cartas de familiares con la mitad de las cosas borradas y otras veces nos daban el sobre solamente porque decían que la carta era subversiva. A veces, por hablar fuerte en el comedor, o por protestar por algo que no se creía justo, nos castigaban quitándonos el correo, la comunicación y, si lo creían más grave, incluso recluyéndonos en la celda.

Aún así, fue un buen cambio para nosotras porque no estábamos sólo con las presas comunes, convivíamos con todas estas compañeras que eran políticas, como nosotras, y nos unían muchas cosas.

Trabajábamos en talleres de costura y en el tiempo que teníamos libre hacíamos labores particulares que luego sacábamos a los familiares. También el tiempo que se podía estudiábamos, como antes he dicho: Carmen era nuestra

maestra y aprovechaba bien el tiempo para enseñarnos cultura y algo de francés.

Yo puedo decir que todo lo que sé lo aprendí en la cárcel y en guerrillas, porque nunca pude ir al colegio.

Carmen es una de las compañeras que ya murió, a las otras, entre las que aún quedan, no he podido verlas desde que salí de la cárcel en el año 1960. Solamente a dos he visto hace muy poco tiempo, Manolita Del Arco y Juana Doña: qué emoción nos produjo abrazarnos después de tantos años, qué gran alegría: parecía mentira poder estar allí juntas de nuevo, aunque tuvimos poco tiempo.

Con Esperanza, Amadora y Angelita, sí que nos hemos visto varias veces y tenemos bastante relación; nos encontramos casi siempre en los distintos actos políticos que se hacen, a los cuales no faltamos ninguna de las tres y aunque la salud tampoco les acompaña mucho, siguen con la misma moral y optimismo que tuvimos siempre.

Los talleres que realizábamos allí, en Alcalá, eran de costura. En unas naves muy grandes había máquinas de coser a los dos lados y una mesa grande donde clasificaban y cortaban la ropa. En cada máquina había dos reclusas, una que cosía a máquina todo y otra que nos ayudaba con los paquetes y a preparar las prendas de ropa. Esperanza, Amadora y yo estábamos en máquinas para coser. Por un traje de caballero o de soldado, ya completamente terminado y planchado, nos pagaban cinco pesetas a la que cosía en la máquina y tres a la ayudanta. Claro está que las ganancias que conseguían con nuestro trabajo eran fabulosas. Ya podían, con esa miseria que nos pagaban: se parecía mucho

a los contratos basura de ahora. Algunas veces nos traían para coser capas de guardias civiles: era horrible ver esas prendas en nuestras manos. Nosotras pensábamos coserles por dentro las mangas o bolsillos, meterles algún escrito diciéndoles lo asesinos que eran, se nos ocurrían montones de cosas, pero era imposible hacer nada porque cada maquinista tenía un número asignado como fichero y las funcionarias revisaban después todo el trabajo que entregaba cada máquina. Así que nos limitábamos a comentarlo con mucha rabia y terminábamos riendo e ignorando de quién se trataba. Únicamente maldecíamos a los que fueran a ponérselas.

Después de estar allí algún tiempo, decidimos organizarnos como partido, todas éramos del Partido Comunista, no había ninguna de otro partido, sólo una, Ana Aragón, que era anarquista, muy buena persona y siempre estaba con nosotras como una más. Era muy difícil pero nos arriesgamos a ello.

Formamos algunos grupos de dos o tres personas, con una responsable que pasaba las órdenes y lo que se hacía de grupo a grupo, ya que no podíamos reunirnos todas juntas a la vez para no llamar la atención. Cuando nos reuníamos comentábamos las noticias que algún familiar podía colarnos a través de las comunicaciones, o algún periódico que nos llegaba de extranjería. Analizábamos las noticias que más nos llamaban la atención para hacernos una idea de cómo estaba la ciudad y la situación que se vivía fuera. También discutíamos la vida dentro de la prisión, para ponernos de acuerdo en lo que todas debíamos hacer y las posturas a tomar en caso de que nos impusieran algún castigo o nos

prohibieran algo inaceptable. Se podía hacer muy poco, pero era una manera de permanecer activas y no olvidar nunca nuestros principios.

Los sábados y domingos no se trabajaba en los talleres. Si hacía sol, lo aprovechábamos en el patio, nos juntábamos para hacer labores o estudiar y con esa excusa podíamos discutir también sobre nuestros proyectos políticos. Aunque las funcionarias vigilaban, podíamos justificarnos con las labores en las manos y nuestros libros. En invierno hacía mucho frío y entonces paseábamos de dos en dos alrededor del patio para quitarnos el frío intercambiando las noticias.

Las duchas también eran desagradables. Era una nave muy fría con una fila de pilas de cemento con un grifo para lavarse y unas cuantas duchas, casi siempre con agua fría. Sólo un día a la semana daban el agua caliente para ducharse toda la reclusión y éramos tantas que la mayoría de las semanas, por no hacer esas colas interminables, nos duchábamos con agua fría.

En Alcalá de Henares cumplimos el resto de la condena. Primero salió Amadora y dos o tres meses después llegaría mi turno. Habíamos pasado allí cuatro años y medio de nuestras vidas. Yo salí en 1960 y sentía que mi corazón estaba roto. Allí se quedó Esperanza, que había sido juzgada dos veces, una con nosotras y otra con el tipo que nos había traicionado. Eso le valió a mi compañera una doble condena, y supuso que se pasara en al cárcel catorce o quince años. Así que, entre unas cosas y otras, abandonaba el encierro no alegre sino verdaderamente destrozada, y con un nudo en la garganta que me duraría mucho tiempo.

Recuerdo mi salida con tanta tristeza que me hacía llorar: ¡tener que dejar allí a aquellas compañeras era muy triste! Ellas me animaban, se alegraban cada vez que salíamos alguna, decían que desde fuera podíamos hacer más cosas que desde dentro para ayudar a las que se quedaban, y tenían razón. Aún me parece verlas detrás de las rejas cantándome: «¡Adiós con el corazón, que con el alma no puedo, al despedirme de ti de sentimiento me muero!». Era lo que me faltaba para salir más triste.

Así fue mi salida de la cárcel de Alcalá. Tuve que venirme enseguida a Valencia porque salía con libertad condicional, o sea, con una persona que respondiese de mí porque tenía que estar dos años presentándome en la comisaría de policía todos los meses. Quien respondía de mí era mi cuñado Sixto, que vivía en Valencia.

Como ya he contado, Amadora salió un año antes que yo y se quedó en Alcalá de Henares, donde tenía unos familiares. Después se casó allí porque conoció a un camarada que también estuvo en la cárcel, y se quedaron a vivir en Madrid. Tienen dos hijas, un hijo y nietos; trabajan y viven bien aunque la salud no es muy buena. A ella la he visto varias veces y nos comunicamos por teléfono.

Angelita, la más pequeña, se casó en Barcelona pero se murió el marido y ahora vive en Manresa con sus hijos y también está allí Amancia, la mujer de César, a quien mataron en guerrillas.

Su hermana, Esperanza, cuando salió después de tantos años, se escribía con un camarada preso en Burgos, Manolo. Se enamoraron y se casaron en la misma prisión. Ella arregló toda la documentación, le permitieron entrar

dentro y los casaron allí. Después de la ceremonia él se quedó y ella se marchó de nuevo. Creo que fue la primera boda que celebraron allí: ¡y es que Esperanza era y sigue siendo muy decidida y hábil para todo! Manolo es de Zaragoza, un estupendo compañero, cuando salió se marcharon a vivir a esa ciudad y allí siguen; tienen un hijo ya casado y están en la lucha de cada día, como siempre, una lucha que hoy pienso se necesita más que nunca.

De todas las que estuvimos en Alcalá son las únicas con las que tengo más relación; con las otras, aunque me acuerdo de todas y me gustaría verlas, es difícil porque cada una está en diferentes sitios.

Manolita se casó con otro compañero que estuvo muchos años en el penal de Burgos, tuvieron un hijo, pero el marido, Ángel, murió, y ella y su hijo viven en Madrid.

Juana Doña vivía con su hermana en Madrid. Nos comunicábamos bastantes veces por teléfono y era para nosotras una gran alegría oírnos de nuevo. Desgraciadamente, Juana ha muerto hace unos meses y me quedé muy triste cuando leí la noticia en los periódicos.

Mercedes Romero se casó en Francia pero murió el marido y ahora vive en París, aunque viene bastante a Madrid porque tiene su familia aquí, y algunas veces también nos vemos y recordamos aquellos tiempos.

María Blázquez, Pepita Medel y Cecilia Cerdeño, estu-pendas camaradas, han muerto sin que haya podido volver a verlas. Son cosas que no se pueden olvidar nunca.

A finales de 1960 llegué a Valencia, me quedé a vivir con mis hermanos, Concha y Sixto, que han sido mis auténticos

protectores. Conchita ya tenía once años. Todos estaban alegres y contentos de tenerme de nuevo con ellos, pero esa temporada les hice sufrir mucho por lo triste que me veían. Yo sólo pensaba en las compañeras que seguían en la cárcel y recordarlas me provocaba una pena muy grande y mal humor, tanto que no podía soportar que la gente estuviese alegre, fuese al cine, a bailar... Yo pensaba: ¿cómo pueden pasárselo bien habiendo presos en las cárceles? Yo no podía reírme, ver televisión o ir al cine cuando trataban de que les acompañara. Mi familia sufría mucho al verme así, pero me comprendían y trataban con mucho cariño y me ayudaban lo mejor que podían; sobre todo Conchita —que para mí era un sedante— me contaba cosas del colegio, de sus amigas, me enseñaba los libros que leía, quería comentarlos conmigo, preguntarme cosas y distraerme siempre que podía. Era una niña encantadora, me veía triste y no sabía qué hacer para verme contenta, yo la adoraba y sigo queriéndola con verdadero cariño y amor de madre.

Afortunadamente, conseguí vencer aquel período de tristeza.

Empecé a trabajar en una fábrica de plásticos y luminosos de los que se cuelgan en las tiendas para los anuncios. Allí recuperé un poco mi ánimo maltrecho. La fábrica era pequeña, cuatro o cinco chicas y varios hombres, todos nos conocíamos, la mayoría de las chicas eran del pueblo donde yo viví al terminar la guerra y nos llevábamos bien. Había un chaval joven, Victoriano Torrijos. Él era un poco especial para mí porque era de izquierdas como yo, me ayudó mucho en aquel trabajo y hablábamos de tantas cosas injustas como sufríamos en aquella época. Yo era joven y muy rebelde: ¡no

era raro, venía de una cárcel! Siempre las chicas cobrábamos menos que los hombres y eso me resultaba bastante insoportable. A pesar de hablar mucho con las chicas para que se rebelaran, no conseguía nada, eran jóvenes, sin ningún ideal y todo les daba igual.

Yo no podía conformarme y se lo dije a Victoriano. Él hacía unos aparatos eléctricos, me propuse aprender a hacerlos, me enseñó y cuando ya podía hacer la misma cantidad que él, fue mi ocasión. Había una Ley, no la cumplían claro, que a trabajo igual, salario igual para la mujer y el hombre. Esto nunca lo hacían, pero yo quise recordarlo. Cuando llevaba una semana haciendo el mismo trabajo que ellos, me fui al jefe y le pregunté: ¿usted conoce esta Ley? Me dijo que sí y le pedí que examinase mi trabajo y viera que hacía lo mismo que ellos y por lo tanto me correspondía cobrar el mismo sueldo que los demás. Era una persona bastante razonable (no era el jefe sino un encargado con bastante poder para hacer de jefe) y me dijo que miraría lo que podía hacer.

Yo estaba deseando que llegase la próxima nómina para ver qué habían decidido: y llegó. El dinero sí que subió el doble pero no lo pusieron como nómina oficial. Cuando me daban la hoja de la nómina nunca ponía el sueldo base, lo hacían como horas extras o como algún trabajo especial. Aunque el sueldo subía bastante más no contaría para la jubilación. Es todo lo que pude conseguir, porque decían que no podían hacer otra cosa.

Este Victoriano es hoy mi sobrino, se casó con una hija de mi hermana Piedad, que también vive aquí en Valencia, está viuda con seis hijos casados, ya estos con hijos y nietos.

Todos tenemos las mismas ideas y cada uno lucha a su manera para que la vida sea más justa y todos tengamos los mismos derechos.

Como yo trabajaba y disponía de algún dinero, quise ayudar a los que aún quedaban en las cárceles, que eran muchas mujeres y hombres. Yo ponía algo de mi sueldo, pero no era bastante; pensé acudir a algunos amigos, que yo sabía que eran de izquierdas, y decirles que eso no les comprometería para nada pues era yo quien lo hacía. Cada mes iba a sus casas y me daban lo que podían y con lo que yo ponía mandaba un giro, unas veces a Alcalá de Henares y otras a Burgos: tenía que hacer el envío a una determinada persona, siempre como si fuese un familiar mío. Era la única manera de que lo remitiesen allí. Esto me calmó un poco.

Aunque no era mucho lo que hacía pensaba que era un granito de arena que aportaba a la lucha.

Estaba deseando establecer contacto con el PCE, que era mi partido, incorporarme a él y que me contaran qué había pasado con los demás camaradas del monte; esto era imposible porque la policía me vigilaba, siempre los tenía donde menos lo esperaba y contactar con alguien habría perjudicado a los camaradas que yo viese, habría caído en la trampa que ellos me querían tender. Así que me aguanté mis deseos hasta disponer de una ocasión más propicia.

De mis camaradas del monte no sabía nada, pero un día, por mediación de un punto de apoyo que teníamos en Cofrentes (Adelina Delgado), no ella directamente, sino un familiar suyo que vivía en Valencia, me dijeron que Florián

García y todo su grupo habían muerto al pasar la frontera francesa: esto me causó tal dolor que tuve que hacer un gran esfuerzo para que mi ánimo ya tan deteriorado no cayera por los suelos.

Sólo pensaba en cumplir pronto la condicional y ver si podía irme a otro sitio donde no me conociesen para poder reanudar la lucha.

Al fin llegó ese día, cumplí los dos años yendo a firmar a la comisaría de la policía y me dieron el «alta», no sin recordarme que me vigilarían y que tuviese cuidado con no meterme en nada. Yo me hice la buena chica diciéndoles que nada tenían que temer de mí porque ya había sufrido bastante: ¡claro que no era esto lo que pensaba, claro que no!

Después de unos meses pensé marcharme a Francia, pero ¿cómo conseguir el pasaporte? Al tener antecedentes penales no me lo daban, en aquellos tiempos era muy difícil conseguir un pasaporte y menos habiendo estado en la cárcel y con el expediente que yo tenía. Pero, como se suele decir, el dinero todo lo puede y corrompe a mucha gente.

Aquí en Valencia vivía Bernardino, un guardia civil que era del pueblo de mi padre y habían sido siempre muy amigos, le comenté lo que necesitaba y si él tenía posibilidad de ayudarme pagando dinero a alguien que él conociera. Efectivamente, a los pocos días, me comunicó que tenía un amigo en el juzgado, le habló de dinero y estaba dispuesto a hacerlo sin que lo contáramos a nadie; así fue cómo lo conseguí: entre mis hermanos y yo le dimos una buena cantidad —ahora no recuerdo cuánto fue—, lo suficiente para que se decidiera.

Cuando tuve el pasaporte en mis manos lloré de alegría y también de pena por dejar a mis queridos hermanos que tan bien se habían portado conmigo. El tesoro de mi Conchita, que tantas penas me había curado. ¡Y sobre todo, dejar otra vez mi país! Pero sabía que tenía que ser así porque si me quedaba no podría estar sin hacer nada y volvería a la cárcel: algo que no quería ni pensar.

Un día de 1963, mi familia me despedía llorando con gran dolor de corazón al verme marchar de nuevo. Me fui directamente a Toulouse, allí vivía mi hermano Rafael, que aunque no le tocó sufrir las cárceles de Franco, porque se marchó a Francia, también sufrió lo suyo; le cogieron los alemanes y le deportaron al campo de concentración de Buchenwald, donde estuvo dos años y no se cansaba de contar los suplicios que les infligían. Un día aprovecharon un bombardeo sobre el campo y él y otros compañeros se escaparon, estuvieron quince días escondidos en masías donde les ayudaban los campesinos. Después de muchas calamidades llegaron a Francia, que ya estaba liberada de los alemanes. Mi hermano se quedó en Lourdes, empezó a trabajar, conoció a Paquita, una chica de Zaragoza, y allí rehicieron su vida. A España sólo volvieron alguna vez, de visita. Por desgracia, Rafael murió hace unos años, pero Paquita y un hijo que tuvieron, Iván, todavía viven allí.

Estuve dos o tres meses con ellos en Lourdes, todos muy contentos de tenerme en casa. Yo no trabajaba, cuidaba del niño que era pequeño cuando ellos se iban al trabajo. Todo estaba bien, pero para mí aquella vida era muy aburrida y monótona, aquello no era mi ambiente y tenía que buscar otra cosa.

En Toulouse teníamos unos amigos que eran del pueblo donde yo había vivido últimamente, Mohorte, le pedí a mi hermano que me llevase a verlos y un fin de semana fuimos. Tanto ellos como yo nos alegramos mucho. Ellos también eran del Partido Comunista, me propusieron quedarme en su casa y lo hice encantada: ¡ese sí que era mi ambiente y lo que yo buscaba!

Lo primero era ponerme a trabajar, porque para residir en Francia se necesitaba tener carta de trabajo. Estos amigos se llaman Floreal Torguet y Clementina, con un niño de seis o siete años, Nando. Son unas personas excelentes a quien yo quiero muchísimo. Pronto me buscaron un trabajo en un taller de costura donde la encargada era una buena camarada y enseguida me arregló todo el papeleo para empezar a trabajar. Vivía con estos amigos como una más de la familia, sin tener que pagar nada y sin ningún problema: ¡así eran y son esta pareja de solidaria y generosa, siempre dispuestos a ayudar a todo el mundo!

Ellos ahora viven en Zaragoza, siguen trabajando para el Partido Comunista, como hicieron siempre. Desde 1965, en que me marché de su casa de Toulouse, no les había visto. En 1991 volví a ver a Floreal en Santa Cruz de Moya (Cuenca). En las montañas de este pequeño pueblo de Cuenca, la guardia civil mató a doce camaradas guerrilleros, los cercaron sin ninguna resistencia y los asesinaron a todos. ¡Allí quedaron, en aquel monte manchado con su sangre! En este lugar, en 1990, levantaron un monumento en honor a ellos y a todos los caídos por la libertad de España. El primer domingo de octubre la gente democrática y amante de la paz y la libertad, subimos al monumento

para rendirles homenaje. Es un acto triste por lo que representa, pero muy hermoso. Acuden a Santa Cruz autobuses llenos de gente de varios sitios de España, se pone una corona al pie de un monolito que recuerda la lucha por la libertad, hablan algunas personas recordando a todos aquellos que cayeron en aras de esa libertad y lo duro que fue ese período negro para España.

Ondean en el monte que da sobre el pueblo banderas de distintos signos y partidos, todas ellas son bien recibidas y respetadas, porque sabemos que a todas aquellas banderas las une la misma causa. Ondea, con esas banderas, el recuerdo de toda esta buena gente que dio su vida luchando por una causa justa, para que en España se pueda vivir mejor y más dignamente. Y también se siente, en ese día de homenaje, el deseo de paz para un mundo sin guerras, esas guerras que sólo sirven para destruir y derramar sangre inocente y para que el gran capital venda sus armas enriqueciéndose más y más cada día, sin importarles los medios y el precio que el pueblo tenga que pagar.

En uno de estos actos, tan especiales para nosotros, volví a ver a mi querido camarada Floreal. Cuando llegó el autobús con la gente de Zaragoza, mi marido y yo estábamos allí viendo cómo bajaban y cuál sería mi sorpresa al ver bajar a este hombre. Los dos nos abrazamos con tanta alegría que no podíamos separarnos, fue algo muy bonito y maravilloso volvernos a encontrar otra vez en España.

Hablamos mucho de los tiempos pasados y de la familia: todos seguían bien. Mi pequeño Nando, su hijo, que cuando yo vivía con ellos tenía sólo ocho años, es ahora un joven encantador, inteligente y luchador como todos.

En 1992, mi compañero y yo fuimos a dar unas charlas a un pueblo de Zaragoza, Nando ya estaba casado y tiene dos hijos preciosos. Cuando se enteró de que íbamos allí se presentó con su mujer y, cuando terminé de hablar, sucedió lo mismo que con su padre en Santa Cruz de Moya: vino a mí, nos abrazamos llorando de tanta emoción que yo no podía separarme: ¡era tan pequeño cuando lo dejé en Toulouse! Le quise entonces y le sigo queriendo como si fuera mi verdadero hijo. La lucha es muy dura y se sufre mucho, pero también te recompensa con todas estas alegrías. También volví a ver ese mismo año a mis queridos Nando y Clementina, en el acto que celebramos todos los años y nuestra alegría, siempre que nos vemos, sigue siendo la misma.

En Toulouse contacté con el Partido Comunista y con la organización de Mujeres Democráticas. Cuando había reuniones o algo que hacer yo participaba con esas mujeres. Recuerdo que en algunas ocasiones íbamos a pedir ayuda para los presos y presas españoles a las autoridades civiles y eclesiásticas.

Un día detuvieron en Valencia a un camarada, Antonio Palomares, lo torturaron hasta dejarlo medio muerto, se salvó por bien poco, hicimos una buena campaña, explicando lo que pasaba y recogiendo firmas que después enviábamos a España. No sé si sirvieron para algo pero lo intentábamos y nos movíamos bastante para ayudar en la lucha desde fuera, ya que no podíamos estar en el interior.

En Praga, el Partido Comunista tenía una delegación de camaradas españoles, la mayoría emigrantes. En una ocasión había que llevar hasta allí unos documentos y allá que

me fui a hacer ese pequeño trabajo que me propuso el Partido. Me dieron el teléfono de la delegación para que llamara cuando llegase al aeropuerto y que viniesen a recogerme. No conocía el idioma ni nada de aquella ciudad, pero había pasado por tantas cosas que ya nada me asustaba.

Llegué al aeropuerto, que era enorme, estaba un poco desorientada, mirando a todos los sitios, buscando un teléfono que no encontraba, pregunté a un señor mayor por señas, como pude, hasta hacerme entender y el señor muy amable me llevó a una cabina donde había dos o tres teléfonos, desde allí llamé a la delegación y pedí que viniesen a por mí porque venía de París y me encontraba en el aeropuerto. Mi interlocutor preguntó cómo iba vestida para reconocerse. También él me dijo: «yo soy un hombre pequeño con un sombrero». Le reconocí enseguida porque tenía una voz tan fuerte que resultaba inconfundible. ¡Era Florián, mi camarada de guerrillas! Yo le hacía muerto y lo estaba oyendo a través del teléfono, la sorpresa fue demasiado fuerte: ¡no se puede describir con palabras la alegría que sentí! ¡No me lo podía creer, estaba vivo y nos íbamos a ver allí, tan lejos de España!

Él no me reconoció al teléfono, pero no le quise decir nada, esperaba darle una buena sorpresa, como así fue. Cuando llegó frente a mí y nos vimos tan cerca después de tantos años sin saber nada uno del otro, fue algo muy fuerte y muy hermoso. ¡Nos abrazamos llorando de la emoción como dos niños!

Nos fuimos a Praga, me llevó a la delegación para que viese a todos los camaradas y después me acompañó al hotel, donde estuve un mes.

En ese tiempo, venía todos los días a verme, cuando él no tenía mucho trabajo, comía conmigo y después nos íbamos a recorrer Praga para que la conociera bien y me familiarizase con la ciudad.

Nuestras conversaciones siempre eran lo mismo, los tiempos que pasamos en los montes, los camaradas que no veíamos ni sabíamos de ellos desde hacía tanto tiempo, cómo nos conocimos entre los pinos. Por nuestras cabezas pasaba todo lo vivido en aquellos tiempos tan difíciles: ¡todo era nostalgia de aquella época vivida!

Él no estaba en mi sector, estaba en el 11º, que lo dirigía él, y yo estaba en el 5º, pero venía muchas veces al nuestro y así es como nos conocimos bien. Claro que allí no éramos pareja. Las relaciones amorosas no existían entre nosotros, era muy peligroso, la lucha era bien dura, había muchos camaradas, mujeres sólo tres, y podíamos tener conflictos que perjudicarían a todo el grupo y a la organización, sobre todo a la lucha tan difícil que ya teníamos con la guardia civil.

Tanto ellos como nosotras lo comprendimos bien y supimos guardar las reglas. No nos costó nada ser unas camaradas más para todo y respetarnos mutuamente, concentrarnos en nuestra capacitación cultural y política y sobre todo en la lucha que teníamos por delante.

Ahora, seguíamos pensando lo mismo los dos, como siempre. En la lucha diaria para liberar a España de la dictadura, en los presos que seguían en las cárceles y en lo mucho que deseábamos volver a nuestro país ya sin Franco, libre y democrático.

Aunque no estuvimos enamorados antes, no nos costó mucho estarlo entonces, había en nuestras vidas tantas cosas que nos unían que el amor llegó sin darnos cuenta y los dos lo aceptamos con muchísimo cariño.

Sin pensarlo más, decidimos unir nuestras vidas para siempre y el siete de noviembre de 1966 nos casamos en Praga. Ni él ni yo teníamos allí familia, pero estaban nuestros camaradas del Partido que nos querían mucho y que ese día sustituirían a nuestros familiares. Después de venir del juzgado donde nos casaron, nos tenían preparada en el local de la delegación una fiesta junto a los familiares de aquellos amigos, lo prepararon todo con tanto cariño para que nos sintiésemos bien y no notáramos tanto la falta de los familiares que todavía ahora, cuando lo recuerdo, se me cae alguna lagrimita de emoción. Desde entonces no nos hemos separado nunca y seguimos tan enamorados como el primer día.

Cuando terminó la fiesta nos fuimos a vivir a una casa muy pequeña donde vivía él cuando estaba solo, muy alegre y bonita pero para una sola persona, para los dos era muy chiquita. Vivimos poco tiempo en ella, la Cruz Roja se preocupó enseguida de conseguirnos otra bastante grande y con un alquiler muy bajo. En aquella época allí se vivía bien, sobre todo las viviendas y las cosas de primera necesidad eran bastante económicas y la gente vivía dignamente.

La ciudad es preciosa. En ella te encuentras a gusto, la gente es de un carácter más serio que el nuestro pero con mucha cultura. Lo peor para mí era el idioma, es difícilísimo, al no tener una raíz latina no se entiende casi nada; los

artículos no existen, los sustituyen por el tiempo en el que se pronuncian las cosas, muchas consonantes juntas y hay que pronunciarlas todas para que se entiendan: al principio, lo pasé muy mal. Me costó mucho adaptarme.

Mi marido tiene un carácter muy alegre y guasón, se ríe de todo y no le afectaba nada, pero yo, cuando tenía que ir a comprar, lo pasaba mal, gracias a que la gente allí es muy solidaria y buena y ayudaban mucho.

Había una carnicería cerca de casa. Cuando bajaba a comprar y me veían mirar por todas partes, la dueña me cogía de la mano y me llevaba donde tenía los artículos de mercancía para que yo los viese y le señalase lo que deseaba, era encantadora y con ganas de ayudarte. Eso me pasaba en todas las tiendas donde compraba, pero como ya nos conocían procuraban hacérselo más fácil y tratarnos con mucha amabilidad.

Era muy difícil pronunciar todas las consonantes juntas, por ejemplo el helado se llamaba *zmrlia*, para que te entendiesen había que pronunciar todas esas consonantes juntas. Mi marido, cuando salíamos a pasear, siempre me decía: te invito a un helado, pero tienes que pedirlo tú.

Llegó el momento de ponerse a trabajar. Empecé en un taller de costura enorme, con máquinas de motor bastante buenas, éramos cuarenta o cincuenta mujeres, con algunas encargadas para dirigir aquello. Cosíamos ropa de señora y cuando entrábamos por la mañana, nos llevaban a la máquina paquetes de diez prendas. A veces te faltaba un cuello o una manga, algo que necesitabas para confeccionar la prenda. Yo todavía no sabía ni una palabra de checo y me

preguntaba: ¿cómo decirle lo que me falta? Me iba hacia la encargada, que en checo se dice *Mistra*, la traía de la mano a mi máquina y por señas se lo hacía comprender. Tanto ella como las compañeras que tenía al lado se reían con cariño porque les hacía mucha gracia, pero a mí me ponía muy nerviosa. Allí nadie sabía nada de español o francés, que yo con el francés me defendía un poco. Así que llegaba a casa nerviosa y de mal humor.

Menos mal que allí estaba mi marido, que se reía de todo y le sobraba moral para los dos y me levantaba el ánimo bastante deteriorado, así que cuando me separaba de él no veía el momento de llegar nuevamente a casa.

Un día me pasó una cosa muy curiosa, entraba a trabajar a las ocho de la mañana, nos dormimos y no oímos el despertador, con lo cual llegaba tarde. Mi marido, que siempre tenía salida para querer arreglar todo, me dijo: dile a la encargada que llegas tarde porque tu marido está enfermo. Yo, como sabía sólo algunas palabras, no lo tenía muy claro. Cuando llegué, la encargada estaba en la puerta y me señalaba el reloj, yo sin pensarlo más le dije que mi marido estaba *volno*, que es como yo creía que se decía enfermo. Me miró muy seria, sin contestarme, pero yo vi que no le hizo gracia. Llegué a casa toda intranquila a ver si Florián me lo aclaraba. Le dije lo que había pasado, se puso a reír y aún parece que lo estoy oyendo, enfadada le hice callar y entonces me explicó que lo que yo le dije a la encargada es «mi marido está en casa libre». O sea, que «enfermo» se dice *nemosno* y «libre» que es lo que yo le dije es *volno*. ¡No me extraña que la señora aquella se pusiera seria pensando que como estaba libre habíamos estado de juerga!

Cuando llevaba con las otras mujeres un año ya nos comprendíamos mejor, porque ya me defendía un poco con este enrevesado idioma, lo comentábamos y nos reíamos todas. Era una gente estupenda y me ayudaron mucho. Llegaron a tomarme bastante cariño y yo a ellas también, querían que les enseñase algunas palabras en español, algunas aprendieron, pero lo que más querían saber eran cosas pícaras y los tacos que se decían en nuestra lengua, con eso se reían mucho. Una de las que trabajaba a mi lado, Kosova, se interesaba mucho por la comida española y algún fin de semana se venía a casa para que le enseñara a cocinar algún plato. Una cosa que le gustó mucho fue la tortilla de patatas y aprendieron enseguida. Me lo decían con mucha gracia en español: ¡tortilla española, buena!

Allí trabajé dos años y después me trasladé a otro sitio que se llamaba Federación Sindical Mundial. Este trabajo era mejor y ganaba más. Se trataba de una gran imprenta donde se hacían periódicos y revistas en todos los idiomas, entre otros, se hablaba francés y español, eso me hacía más fácil mi trabajo. Aquí estuve todo el tiempo hasta que regresamos a España.

Todas estas gentes y sitios, aunque pase el tiempo, nunca los olvidamos. Nos dejaron un buen recuerdo.

En Praga son muy amantes de la música y el teatro, esto lo consideran una cosa cultural, tanto que si hacían alguna obra buena de teatro y pedías permiso en el trabajo te lo daban enseguida. En primavera hacen dos semanas seguidas de conciertos con las mejores orquestas que tienen en el país y algunas que vienen de fuera. La llaman la primave-

ra musical de Praga y hay poca gente que se quede sin asistir a estos actos. La ciudad está siempre tan limpia que parece una tacita de plata, nadie tira nada al suelo por las calles y en los bares, entran y brilla todo.

Tantas cosas buenas hacen recordar siempre con mucho afecto a esta ciudad y sus gentes.

El colectivo de españoles que vivíamos en Praga era de sesenta o setenta personas y nos relacionábamos mucho entre nosotros. Teníamos un local bastante grande que la Cruz Roja puso a nuestra disposición y allí nos reuníamos todos los meses. Era una manera de no perder el contacto unos con otros y ayudarnos si algo se necesitaba. Teníamos algunos camaradas españoles casados con chicas de Checoslovaquia. Recuerdo a Antonio Casado, Celestino Castellví, Castrillo y Citores. Todos se quedaron a vivir en Praga porque tuvieron hijos y su vida ya la tienen organizada allí al lado de su familia. Ahora son demasiado mayores para volver a España.

Nuestras relaciones más amplias eran con nuestro colectivo, pero también con nuestros vecinos y la gente con la que trabajábamos: teníamos una buena amistad con todos. Mi marido trabajaba en la Revista Internacional, donde hacían un boletín de noticias para todos los españoles que estaban en el extranjero, exiliados como nosotros por causas políticas. En la posguerra tuvieron que exiliarse cientos de personas sólo por el hecho de haber luchado en el lado de la República o ser «rojos», como nos decían ellos: no teníamos ningún otro delito. Sólo haber luchado por una República legítima que Franco nos había arrebatado.

Nuestra vida allí era tranquila, íbamos mucho a los conciertos, al teatro, procurábamos ir cuando ya comprendíamos un poco más el idioma. Nos gustaba pasear por la Praga Vieja, donde siempre se encuentran cosas nuevas para contemplar. Al cine también íbamos con frecuencia, así como a muchos otros espectáculos ya que ésa era una manera de familiarizarnos con el idioma y desarrollarlo mejor.

Cuando trabajaba en el taller de costura, una semana empezaba a las siete de la mañana y terminaba a las tres de la tarde. Otra semana me tocaba de tarde porque hacíamos dos turnos y por la tarde empezaba a las dos y terminaba a las diez de la noche. Cuando llegaba a casa, Florián ya estaba allí porque salía de su trabajo mucho antes que yo, así que siempre le tocaba hacer la cena y me esperaba con la mesa puesta. Otras veces le tocaba la compra y ahí también tiene sus buenas anécdotas, porque aunque estaba allí más años que yo tampoco el idioma era su fuerte.

Trabajábamos más con españoles que con los del país y eso nos perjudicaba a la hora de aprender el idioma. Por otra parte, lo estudiamos poco, casi todo lo aprendimos de oído y eso nos creó más dificultades para hablarlo mejor.

Un día quiso Florián comprar lentejas, fue a la tienda y lo que le pidió a la dependienta, no fueron lentejas sino gatos; la mujer, riéndose, le dijo que no tenían y él insistía porque era una tienda de alimentación. Estas dos cosas se pronuncian muy parecido y cabe equivocarse si no conoces bien la lengua. «Lentejas» se pronuncia *chochka* y «gato» *cochka*. Él pedía lo segundo, ella no podía comprenderlo. Después de mirarlo todo, las localizó, cogió a la dependienta de la mano y la llevó donde estaban las lentejas.

Aquella gente no podía dejar de reírse pero con la tranquilidad y guasa que tiene mi marido, terminó riéndose a carcajadas con ellos y pasando un buen rato.

Una de las cosas que nos marcó mucho, y que no podemos olvidar, es lo que se le llamó la Primavera de Praga. En 1968 entraron allí las fuerzas del Pacto de Varsovia, encabezadas por lo que entonces era la Unión Soviética, pasaron a Praga con sus tanques y soldados para impedir que reformasen el régimen socialista que tenían en aquellos años.

Es cierto que en Praga se vivía mejor que en ningún otro país socialista, pero en algunos aspectos faltaba libertad, la gente estaba un poco desmoralizada, no participaba en los sindicatos y cuando había reuniones en las distintas fábricas para tomar alguna decisión decían que no participaban en ellas porque no les hacían caso.

Cuando había que tomar decisiones siempre eran los mismos, las aplicaban sin tener en cuenta la voluntad de los trabajadores, así que participaban poco en la vida cotidiana. También había ciertos privilegios para los dirigentes y los allegados a ellos; verdaderamente hacía falta cambiar muchas cosas para que hubiese un verdadero socialismo.

Mucha gente no estaba contenta, pero nadie se movía. Como había trabajo para todos, nadie se movía y se vivía sin grandes dificultades.

Un día, se reunió el Comité Central del Partido Comunista y todos acordaron reformar el Régimen y crear un socialismo más humano, con más libertad, para que el pueblo pudiese ejercer sus derechos sin tantas dificultades y participar en la vida social del país. Los ciudadanos lo

aceptaron con gran satisfacción. La gente se veía contenta y entusiasmada, participaba más en sindicatos y reuniones, hablaba sin miedo y participaba en muchas más cosas que antes. El 1º de Mayo, que siempre se celebraba con poca gente y sin ilusión, se celebró ese año, después del cambio, con mucha alegría, hubo una gran manifestación y la gente gritaba ilusionada: ¡Viva Duchek! Éste era el Secretario General del Partido Comunista. Disfrutaban del cambio sin ningún incidente.

Hubiese sido un verdadero cambio, extraordinario, si les hubiesen dejado llevarlo adelante como se habían propuesto.

Pero un buen día, entraron las tropas rusas con sus tanques y disparando tiros al aire para dejarse ver y asustar a la gente, esto causó mucha irritación y daño al pueblo checo, que ya estaba ilusionado con el cambio de su socialismo de cara humana que le llamaban ellos. Entraron donde estaba reunido el Comité Central y, con sus tanques en la calle, les prohibieron seguir adelante con el cambio que habían dispuesto, todo tenía que seguir como estaba antes, éste era el modelo que tenían los demás países socialistas y no les dejaron que ellos hiciesen otro diferente.

Esto fue un gran fracaso, no sólo para Praga sino para todo el socialismo en general.

Nosotros, los españoles, nunca estuvimos de acuerdo con esta táctica que llevaron a cabo y así se les hizo saber a través de nuestro Partido. Esto nos dolió tanto que nunca lo hemos olvidado. Nuestro colectivo no tuvo ninguna complicación después de lo sucedido, trabajando vivíamos bien.

Mi marido ya estaba jubilado, allí los jubilaban a los 60 años. Él trabajó los dieciocho años que estuvo allí y yo, que llegué después, también los doce años que residí en el país. No teníamos dificultades económicas y nos permitía en vacaciones poder viajar fuera, no siendo a España claro, éramos emigrantes políticos y sin pasaporte, lo que nos impedía entrar aunque fuera simplemente de visita.

Sí recuerdo haber recorrido en vacaciones Rumanía, Alemania del Este, Italia, Bulgaria, Budapest, Viena y algún otro lugar que se me olvida. Todo estaba bien, pero nuestro pensamiento siempre lo teníamos en España y añorábamos volver a nuestro país con nuestra gente.

Cuando íbamos por la calle paseando y oíamos a algún turista hablar español, nos emocionaba tanto que lo seguíamos por el placer que nos causaba oír nuestro idioma. Lo mismo nos pasaba cuando escuchábamos música española de la que teníamos montones de discos.

Recuerdo un día que caminábamos por el centro de Praga y vimos a unos cuantos jóvenes preguntarse en español dónde comerían porque no les gustaba la comida checa (ésta es buena pero diferente a la nuestra). Nos fuimos hacia ellos sin pensarlo mucho y nos presentamos; la alegría que se llevaron aquellos jóvenes fue tan grande como la nuestra. Eran tres chicos y dos chicas que habían venido de excursión. Les propusimos que viniesen al día siguiente a comer con nosotros a casa y aceptaron encantados. Yo, ni que decir tiene, les preparé comida española.

Cuando llegaron les tenía la mesa puesta con nuestros platos, tortilla, pisto, conejo hecho a nuestro estilo, canelo-

nes... Creo que no olvidaré sus caras al mirar la mesa y ver la comida y, sobre todo, poder hablar y entendernos.

Aquello fue una fiesta para todos, pasamos el día juntos y para nosotros fue una buena inyección de moral al hablar de España y contarnos todo lo que pasaba por allí.

Cuando dejaron la ciudad vinieron a despedirse y la amistad y cariño que nos unió fue muy buena. Uno de ellos, Pedro, mientras estuvimos en Praga, todos los años para navidades nos enviaba un paquete de turrónes (allí no se conocía este dulce), siempre ha sido un buen amigo y sigue siéndolo. Ahora está casado, tiene dos hijas y viven en Madrid, pero seguimos teniendo unas buenas relaciones.

A los otros los vimos alguna vez cuando llegamos, pero con el tiempo cada uno ha desaparecido por su lado y no hemos vuelto a saber de ellos.

Cuando se marcharon de Praga estos amigos, nosotros quedamos allí aún algunos años pero siempre pensando en nuestra vuelta. ¡Y es que el exilio pesa mucho, es bien triste por muy bien que vivas en él!

A mí me dieron antes el pasaporte, pero mi marido no pudo conseguirlo hasta el año 1978. Cuando los dos lo tuvimos fue nuestra mayor alegría: ¡podíamos regresar ya, era lo que tanto habíamos soñado! Pronto empezamos a preparar todo para volver a casa, llenos de ilusiones pero algo preocupados también. No teníamos casa ni dinero, el trabajo en España sabíamos que no era fácil, sobre todo a nuestra edad. Florián ya estaba jubilado, pero a España no mandaban la jubilación porque no había relaciones con los países del Este.

Así y todo, nos arriesgamos y sin pensar en las dificultades regresamos para empezar de cero.

Por nuestras cabezas pasaban cantidad de preguntas. ¿Cómo encontraríamos España, volveríamos a acostumbrarnos fácilmente después de tantos años fuera? Nuestra mente era un volcán de preguntas sin respuestas.

Cuando todo lo tuvimos arreglado, pasaportes, billetes y demás documentación, emprendimos la marcha. Nos despedimos del colectivo y demás amigos con pena de dejarlos allí después de tanto tiempo y salimos de Praga a París, y de París a Madrid. Allí tenía mi marido a casi toda su familia. Ellos son de Segovia, tenía dos hermanos en un pueblo (uno ya murió) pero su hermana y varias sobrinas y primos vivían y siguen viviendo en Madrid. Su hermana Salvadora nos dejó un piso que tenía vacío y su ilusión y la de toda su familia era que nos quedásemos allí con ellos que con tanta alegría nos habían recibido.

Sólo estuvimos un mes, para ver a todos los familiares y conocer a algunos de los sobrinos que no conocíamos.

Nos vinimos a Valencia definitivamente porque el trabajo mi marido lo podía encontrar mejor aquí, así lo comprendió también la familia y no hubo ningún malentendido ni enfado.

Llegamos a Valencia, donde yo tenía a mis hermanos y familia y, al igual que en Madrid, todos nos recibieron con gran cariño y el deseo de tenernos aquí. Como no teníamos casa nos quedamos a vivir con mi hermana Concha y Sixto, su marido.

Pronto encontró Florián trabajo, tenía unos amigos en una empresa de cítricos y lo colocaron de encargado en una máquina fotocopidora.

En cambio, yo no pude encontrar nada, ni fábrica, ni trabajos de costura (que era lo mío), o en alguna imprenta, cuyas técnicas también dominaba. Era difícil encontrar trabajo, así que me busqué dos o tres casas para limpiar y fregar suelos, es lo único que conseguí, pero había que ayudar con lo que fuese para seguir adelante. Estuvimos viviendo con mis hermanos tres o cuatro meses. Después encontramos un piso bastante económico y como ya trabajábamos los dos nos marchamos. ¡Al fin estábamos solos en casa! Y con lo que ganábamos y lo que mis hermanos nos ayudaron pudimos salir adelante.

La verdad es que nos costó un poco adaptarnos al nuevo ambiente. La vida política no era la que nosotros pensábamos encontrar. Ya no estaba el gran dictador Franco, había una democracia, pero no por la que nosotros habíamos luchado tanto. Teníamos un Rey elegido por Franco para conservar su mismo sistema, un Gobierno de derechas y en esas condiciones nuestras aspiraciones sabíamos que nunca se verían cumplidas. Pero tuvimos que adaptarnos y convivir como todo el mundo con lo que teníamos.

Una cosa buena era que habían legalizado al Partido Comunista y eso sí que nos dio una buena alegría.

Tan pronto como se enteraron los camaradas de que estábamos aquí vino a vernos un responsable y nos ofreció el ingreso en el Partido: no había otra cosa que deseáramos más y con gran ilusión cogimos el carné y comenzamos a

trabajar en la agrupación más cercana a nuestra casa, para empezar de nuevo la lucha junto a nuestros compañeros. Nos parecía mentira poder hacer todo esto en el Partido sin tener que escondernos como antes.

Cierto que no era la democracia que queríamos y por la que tanto luchamos, pero ya no era el fascismo puro y duro que perseguía a los comunistas y a toda la gente de izquierdas.

Las reuniones se celebraban en un local que teníamos a nuestra disposición. En nuestra agrupación éramos treinta o cuarenta camaradas, hombres y mujeres, vendíamos semanalmente *Mundo Obrero*, el periódico del PCE, repartíamos propaganda para que el pueblo conociese nuestro programa, supiesen mejor quiénes éramos y cuando llegaran las elecciones la gente votara sin miedo ni coacciones a quienes querían que fuesen sus dirigentes. Claro que las elecciones aún tardarían mucho en llegar.

El día 23 de febrero de 1981, el Teniente Coronel Tejero y sus secuaces quisieron dar un golpe de Estado. En Madrid, cuando estaban reunidos los Diputados y todo el Gobierno en el Parlamento, entró Tejero con su tropa disparando sin dejar salir a nadie.

Ese mismo día por la noche, en Valencia, se sublevó también el General Miláns del Bosch, sacó los tanques a las calles y era un horror verlos y recordar tiempos antiguos. Después de haberles conocido antes y saber cómo actuaban, pensábamos en lo que serían capaces de hacer ahora que ya tenían claro donde estábamos cada uno de los que les estorbaban.

Muchos amigos quemaron papeles de los que pensaban que les comprometían, otros trataron de esconderse o marcharse fuera hasta ver lo que pasaba. Todo esto era comprensible: ¡causa tanto pavor el fascismo y sus sucios métodos! Los que por desgracia hemos tenido que vivir bajo su mandato, sabemos bien de lo que son capaces y lo poco que les cuesta matar y torturar.

Con esto reforzaron su ejército, la iglesia y todo lo que estaba de acuerdo con ellos, pero afortunadamente no consiguieron todo lo que se proponían y eso nos permitió no llegar a más y seguir haciendo nuestra vida.

Al fin en el año 1982 se celebraron las nuevas elecciones. Fue un trabajo interminable lo que los militantes de cada Partido trabajamos en esa campaña hasta llegar a las urnas.

Legalmente las ganó el Partido Socialista por una mayoría aplastante. Todos estuvimos contentos, aunque no fuéramos del PSOE ¡Al fin tendríamos un Gobierno de izquierdas! Estuvieron en el poder catorce años.

En este tiempo hicieron cosas muy buenas pero al final también cometieron grandes errores.

Entró en el PSOE mucha gente que no tenía nada de socialista, ni siquiera eran de izquierdas, entraban porque sabían que allí lograrían tener un puesto cómodo pero nada más. Esta gente hizo mucho daño al colectivo socialista porque en vez de ayudar, lo desprestigiaban. Se mezclaron con la gente buena, estos se confiaron demasiado, no los controlaron como debieron de haber hecho y el daño que hicieron fue fatal. Robaron, secuestraron a gente que nada había hecho, dieron un ejemplo deplorable con su comportamien-

to que tan poco tenía de honradez y de compromiso con la izquierda.

Todo esto causó un perjuicio tremendo, no sólo a ellos sino a todos los que creíamos haber ganado. El pueblo se fue desilusionando poco a poco y la derecha, siempre alerta, lo aprovechó bien y las consecuencias fueron que las elecciones generales de 1996 las ganaron ellos. Con lo cual perdimos todos, porque, aunque aparentemente vivimos en una democracia, no es menos cierto que han anulado muchas cosas que antes se habían hecho bien y ellos siempre tratan de defender el capitalismo: es lo suyo, lo de los que tienen el capital.

¿Hasta cuándo gobernará la derecha? Pienso que hasta que la izquierda seamos sensatos y logremos unirnos todos sin importarnos partidos ni diferencias: después de haber vivido este periodo creo que algún día lo conseguiremos. Claro que nos costará bastante, parte de la juventud está desilusionada por lo que pasó en el periodo que mandaron las izquierdas, otra parte de ellos sabe bien poco de todo lo que pasó con Franco y después de Franco.

La historia la escribieron los vencedores y lo hicieron como les convenía, la falsearon según les pareció.

En los colegios han enseñado bien poco, sólo la parte que les interesaba, pero de la sublevación de Franco y nuestra lucha contra su régimen fascista en la posguerra se ha silenciado todo. De sus torturas y crímenes no saben apenas nada los estudiantes. Por eso encontramos tantas dificultades para concienciar a esa parte de la juventud. Eso pudo hacerse en los años de los gobiernos socialistas pero se hizo bien poco o nada.

Los partidos de la derecha es lógico que no lo hiciesen, pero los de izquierda tampoco lo hicieron y esa culpa y responsabilidad la llevarán siempre consigo todos.

Entre los guerrilleros que estuvimos en el monte unos han muerto, otros se exiliaron y la mayoría de los que quedamos tenemos ya muchos años.

Pero así y todo hacemos lo que podemos.

Se han escrito algunos libros sobre guerrillas: Alfons Cervera, Fernanda Romeu, Julio Llamazares, Carlos G. Reigosa, Secundino Serrano, Francisco Moreno, Ferrán Sánchez Agustí, Sánchez Cervelló, Dolors Marín, Dulce Chacón, Mercedes Yusta, Salvador F. Cava y algunos más que no recuerdo. Después de tantos años de silencio, mucha gente se interesa ahora por saber de aquella época, así que perdiendo la pereza que nos aturde a los mayores y un poco cansados ya, nos hemos puesto en marcha para aclarar todo lo posible de aquellos tiempos y decirles quiénes eran aquellos «bandoleros».

A punto de salir este libro se ha muerto Dulce Chacón, mi querida Dulce. Nos conocimos cuando preparaba su novela *La voz dormida* y nos convertimos en inseparables. Por mucho tiempo que pase, la rabia y el dolor por su muerte no me los voy a quitar de encima. Dulce, mi querida Dulce...

Hemos hablado para muchos medios de comunicación de toda clase (periódicos, revistas, radios, televisión...), damos charlas en locales de distintos partidos de izquierdas, universidades y asociaciones de jóvenes, y apreciamos sin ninguna duda que les interese saber lo que pasó y quié-

nes éramos. Apenas se nos conocía, sólo sabían lo que Franco y los suyos nos llamaban: «bandoleros del monte». Era lo que más, lo único que se oía de nosotros y parte de la gente desgraciadamente lo creía.

Después, con la democracia, nos olvidaron por completo y nadie se preocupó de desmentir este error y reivindicar o aclarar qué era y por qué se nos llamó «bandoleros». Ahora los que aún quedamos y la buena gente que ha escrito mucho sobre este asunto lo vamos a sacar a la luz para que nadie se quede sin saber esta parte de la historia.

Hay varios pueblos y ciudades adonde hemos ido a contar nuestras experiencias y también hacerles saber las represalias y sufrimientos que tuvo que soportar nuestro país en la posguerra con la entrada de Franco y su ilegal régimen: ¡y digo bien, ilegal! Porque ellos fueron los que se sublevaron contra la República elegida legalmente por el pueblo. Ellos fueron los responsables de la guerra civil y de los muertos de uno y otro lado: ¡de tanta sangre como costó en ambos bandos! Si hubiesen respetado lo que la República ganó limpiamente en las urnas por una gran mayoría, con seguridad que no tendríamos que hablar y lamentarnos de tantas y tantas vidas como nos costó aquella terrible guerra.

Todavía hay mucha gente que desconoce este hecho, sobre todo los más jóvenes, y esto es lo que tratamos de explicarles nosotros cuando vamos a estos pueblos.

En ellos hay gente buena. Uno de estos pueblos es Buñol, aquí hay una gran juventud luchadora y con ganas de saber y de que les contemos cómo se vivió aquel período, nunca

se cansan de escucharnos y de que les contemos nuestras vivencias. Si hay algún acto social o algo que reivindicar se vuelcan para preparar todo, trabajan sin descanso para que todo esté bien y nada falte. Es una alegría ir a ese pueblo y hablar con todos ellos.

Otro sitio donde es una gozada ir es Sagunto y su comarca, el puerto y los pueblos de su alrededor: ¡qué buena gente hay allí también! Luchan con ganas para que la memoria de aquellos años negros no se olvide y no vuelvan nunca más. No puedo enumerar a tantos otros sitios adonde hemos ido, pero me acuerdo de algunos, Paterna, Chiva, Xirivella, Manises, Tarragona, Sant Celoni, Valle del Jerte, Villa de Azuevar, Gestalgar y tantos otros que se me olvidan.

Los primeros pueblos que describo son de Valencia y en casi todos nos ha acompañado un gran amigo nuestro, escritor, Alfons Cervera, una gran persona que nosotros queremos mucho: ¡si yo hubiese tenido un hijo, me hubiese gustado que fuera como él! Como no lo tengo, lo quiero como si lo fuese. Con él, en estos pueblos, hemos llenado los locales a tope de gente, escuchándonos a los tres con verdadero interés.

Todos estos sitios en que hemos estado han dejado gran cariño y recuerdo en nuestros corazones.

Cuando recordamos a tanta gente buena, uno se da cuenta de que hay más gente buena que mala. ¡Es una pena que sean estos últimos los que nos gobiernan! Son los que tienen el capital y las grandes fortunas, los que viven para acumular más y más riquezas sin importarles los medios que tengan que emplear para conseguirlas. Pero nosotros no

nos vamos a cansar de ir donde nos necesiten, ni mañana, ni pasado, ni nunca, iremos donde sea hasta que las fuerzas y nuestra maltrecha salud nos lo permitan.

Seguiremos desenmascarando a estos gobernantes del PP, que se les llena la boca de «democracia» pero sin ninguna duda su democracia se parece mucho a lo que teníamos con Franco y es lógico porque la mayoría tiene sus mismos genes.

Por eso no podemos estar nunca de acuerdo con ellos. Nosotros no queremos un mundo donde haya guerras y desastres. Ellos los apoyan y por lo tanto son cómplices de tantas muertes y destrucción. Vamos a educar a nuestra juventud para que nos releve hasta conseguir otro mundo pacífico y mejor para toda la humanidad. Una gran parte de ella es estupenda, luchadora y con energías y ganas de hacer muchas cosas para cambiar la vida y que sea mejor y más humana para todos y no sólo para la parte más favorecida.

Pero también hay otra juventud que desconoce todo porque nadie les ha dicho nada, ni en los colegios ni fuera de ellos y que cuando les hablamos ahora y les damos charlas, nos escuchan con verdadera atención y te preguntan con interés porque quieren saber el por qué de aquellas torturas.

Muchas veces, en esas charlas, me han preguntado si todavía guardo rencor a los responsables de la muerte de los míos y tantos otros. Sólo puedo responder que aunque es posible vivir con el odio a cuestas, también es imposible perdonar cuando nadie de ellos pide perdón, ni da la menor muestra de arrepentirse con tantas y tantas atrocidades como han cometido con gente inocente.

Eso no quiere decir que esté pendiente siempre del odio, creo que merece la pena gastar las energías, las pocas que aún nos quedan, en luchar junto a esta nueva generación para hacer un mundo feliz y mejor para todos.

Algún día se podrá disfrutar de ello y desde donde quiera que estemos, disfrutaremos de su felicidad y justicia, que conseguirán sin ninguna duda.

Mientras eso llegue, la juventud puede estar segura de que estos antiguos guerrilleros, que de verdad sentimos el dolor de toda la gente desfavorecida y que se muere de hambre en distintos países, vamos a ayudar en todo lo que necesiten de nosotros aunque ya los años nos hagan ir con los pies a rastras.

No puedo olvidar la valerosa juventud de Santa Cruz de Moya, un pueblecito de Cuenca donde unos días de octubre se concentran historiadores, cineastas, escritores y gente interesada para estudiar y recordar los viejos tiempos de sufrimiento en España durante el franquismo. Allí se hacen planes para el futuro, yo vengo emocionada de los actos con esos chavales, y entre ellos me siento rejuvenecer recordando mis años de lucha.

Entre todos ellos y los mayores vamos a procurar orientar a la parte más joven, les vamos a decir quién fue Franco, qué cara tiene el fascismo y la ambición y egoísmo del capitalismo que sólo piensa en hacer más y más dinero a costa de la explotación de los trabajadores y del mundo.

Yo tengo una gran esperanza en esta juventud, con seguridad que conseguirán otra vida mejor y más digna para todos los que hoy carecen de lo más elemental para

poder vivir sin hambre ni necesidad de todo lo que esta hipócrita sociedad capitalista les niega.

Hay una gran mayoría de esos jóvenes que está en desacuerdo con lo que hoy está ocurriendo en el mundo. Esa nueva fuerza de la antiglobalización, esa lucha que llevan contra el abuso, el poder y la fuerza son estos jóvenes que sin escatimar esfuerzos y sacrificios unen sus voces a la otra globalización, a la de la pobreza, a la de quienes se mueren de hambre, sin pena ni gloria, en silencio, todo ese cortejo de emigrantes que se embarcan en esas pateras sin temer a la muerte, a veces porque en sus países empobrecidos ya no pueden resistir más y cuando llegan a otros países más ricos lo que encuentran es el racismo y la xenofobia, alimentada por los gobiernos «democráticos» hipócritas que cierran los ojos ante la esclavitud de su trabajo y los derechos humanos. Aquí, en estas fuerzas jóvenes, es donde debemos poner nuestras esperanzas y la ayuda que podemos para luchar contra los poderosos capitalistas abusivos y explotadores.

Como dijo Saramago «las victorias no son eternas ni las derrotas tampoco».

Algún día será la victoria para los desterrados.

Yo me siento comprometida con la gente que combate para recuperar la democracia por la que lucharon nuestros padres y hermanos, al igual que yo luché toda mi vida por ella y sufrí tantos tormentos.

Han transcurrido casi setenta años desde el inicio de la Guerra Civil, y cerca de treinta desde que España reemprendió el camino hacia una sociedad democrática. Tiempo

suficiente para el paso de dos generaciones, en que todos los españoles, hombres y mujeres, amantes de la libertad y la verdadera democracia, puedan juzgar serenamente esa parte del pasado que durante cuarenta años constituyó y sigue constituyendo una herida abierta.

En el mundo entero se admira la tranquila transición efectuada en España para curar esta herida (yo pienso que las heridas todavía no se han curado: aún existen bastantes de ellas).

¿Acaso todos los presos que lucharon para traer esta «democracia» que hoy tenemos y que se pasaron los mejores años de su juventud en las cárceles de Franco, sufriendo torturas y malos tratos, han sido recompensados por ello? ¡No! Hay una gran parte a la que no nos lo han reconocido. ¿Y la lucha guerrillera? Esos hombres y mujeres que tuvieron que subir al monte con las pocas armas que tenían para seguir luchando contra Franco y el fascismo, para defender una República que el pueblo quiso. ¡No! Tampoco se les ha hecho justicia.

Digamos que mientras todo esto no sea recompensado las heridas de la Guerra Civil Española no estarán cerradas del todo y sería bueno cerrarlas de verdad para vivir en paz con todos. Si es que es cierto que quieren la democracia que tanto divulgan hoy los que están en el Gobierno.

Y hablando de esas terribles guerras, ahora estamos en otra que los EE.UU. han empezado para según dicen ellos castigar el terrorismo. ¿Es justa esta guerra?, me pregunto. Al parecer, para el Gobierno «democrático» de España, sí que lo es, ya que está dispuesto a ayudarles en todo lo que necesiten, hombres o bases militares.

Estoy en contra del terrorismo, cualquiera que sea, por nada del mundo lo justifico, me duelen con toda el alma tantos y tantos muertos. Pero ¿no son terrorismo también esas guerras, lo que hacen con esa pobre gente, antes de afganistán y ahora de Iraq, matando niños inocentes y destruyendo todo lo que encuentran a su paso, sin importarles la muerte? Creo que se están olvidando de que terrorismo es también lo que ellos hicieron en Vietnam, Camboya, Iraq, Chile, etc. Eso también cuenta en la historia y no se olvida.

Tenemos un tercer mundo donde cada día mueren miles y miles de niños hambrientos y enfermos por tantas necesidades de lo más elemental para poder vivir.

¿Cuánto valen estos misiles y guerras? Creo que con una mínima parte de lo que se gastan en destruir países y matar inocentes se podría alimentar a toda esta gente hambrienta y evitar tantas calamidades en el mundo. ¡Sería mucho más humano que destruir vidas!

La crisis actual ha dejado en evidencia nuestra fragilidad, y la fortaleza que necesitamos hay que crearla porque no existe y debemos partir de lo más evidente, hay que combatir la miseria y el odio y formar un mínimo cultural común para los seis mil millones de personas que habitamos el planeta.

Sinceramente, necesitamos mucha humildad, un orden económico internacional que ponga fin a la desigualdad desde el sur al norte y favorezca un reparto de la riqueza más justo y unas formas de convivencia internacionales realmente neutrales, donde todos podamos encontrarnos sin racismo, odio o desigualdades tan brutales como las

que existen hoy. ¿Podremos conseguirlo algún día? Mientras no seamos capaces de lograr esos objetivos, seguirán las guerras, las matanzas, el hambre en distintos sitios y también el terrorismo en diferentes formas.

En muchas ocasiones me han preguntado si en algún momento de mi vida me he arrepentido de lo que hice. Siempre les contesté lo mismo: ¡nunca!

No me extraña que algunos jóvenes, cuando contamos nuestras luchas de aquellos años, vean que todo era sacrificio, tristeza y dolor. Pero no era sólo eso, en nuestro corazón había también una gran ilusión y esperanza, porque la lucha no sólo proporciona sufrimientos sino que a la vez causa una gran satisfacción moral que te hace sentir feliz al saber que estás contribuyendo a que la gente de nuestro pueblo, ésa a la que tanto amamos, pueda vivir mejor y sufrir menos.

No renuncio al pasado, pero sobre todo no renuncio al futuro. El pasado está ahí, pertenece a una época distinta que fue nuestra lucha. Hoy las circunstancias son otras, la lucha diferente, pero espero que se unan nuevas fuerzas, con una savia nueva y que la lucha por la libertad, la justicia y la solidaridad no se pierda ni se debilite, otros tienen que continuar lo que nosotros empezamos porque ya hoy algunos tenemos muchos años para poder seguir aquel ritmo de cuando los jóvenes éramos nosotros.

Ojalá mis buenos deseos lleguen a todos los rincones del mundo y puedan hacerse realidad algún día, que lo que hemos sufrido y luchado los de mi generación no haya sido en balde y las nuevas que nos sigan nos recuerden con un

poco de cariño y la vida de ellos la tengan más fácil y mejor. Por eso hemos luchado y ha muerto tanta gente buena.

El día en que esto se consiga, el mundo recuperará la paz, no habrá guerras y resplandecerá la felicidad para toda la humanidad.

Así pensaban quienes lucharon contra el fascismo (a miles y miles de hombres y mujeres les costó la vida), así pensamos nosotros también, los hombres y mujeres de la guerrilla antifascista que aún quedamos. Por pensar así y luchar contra tanta injusticia perdieron la vida muchos seres queridos y nos dejamos la salud y los años en esos montes y en las cárceles de Franco.

No nos arrepentimos de nada y nos sentiremos felices si nuestra lucha sirvió de algo: ojalá haya servido para que algún día el mundo recupere la paz, la libertad y la alegría de vivir como todo ser humano se merece.